

INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE

Departamento de Estudios Socioculturales

PROYECTO DE APLICACIÓN PROFESIONAL (PAP)

Programa de Construcción de Opinión Pública e Incidencia en los Medios

Mirar la ciudad con otros ojos. Memorias e identidades



ITESO

Universidad Jesuita
de Guadalajara

**Ecós de memorias rescatadas: cien años de historia
de la comunidad judía de Guadalajara**

PRESENTA

Isabel Ayala González

Licenciatura en Ciencias de la Comunicación

Profesor PAP: Rogelio Villarreal Macías

Asesor de productos audiovisuales: Andrés Villa Aldaco

Tlaquepaque, Jalisco, Otoño de 2023

ÍNDICE

REPORTE PAP	2
Presentación Institucional de los Proyectos de Aplicación Profesional	2
Resumen	2
1. Introducción.....	3
1.1 Objetivos	3
1.2 Justificación.....	3
1.3 Antecedentes	5
1.4 Contexto actual	33
2. Desarrollo	37
2.1 Sustento teórico y metodológico	37
3. Resultados del trabajo profesional.....	86
4. Reflexiones y aprendizajes	88
5. Conclusiones.....	92
6. Bibliografía	93

REPORTE PAP

Presentación Institucional de los Proyectos de Aplicación Profesional

Los Proyectos de Aplicación Profesional (PAP) son una modalidad educativa del ITESO en la que el estudiante aplica sus saberes y competencias socio–profesionales para el desarrollo de un proyecto que plantea soluciones a problemas de entornos reales. Su espíritu está dirigido para que el estudiante ejerza su profesión mediante una perspectiva ética y socialmente responsable.

A través de las actividades realizadas en el PAP, se acreditan el servicio social y la opción terminal. Así, en este reporte se documentan las actividades que tuvieron lugar durante el desarrollo del proyecto, sus incidencias en el entorno, y las reflexiones y aprendizajes profesionales que el estudiante desarrolló en el transcurso de su labor.

Resumen

A lo largo de su historia el pueblo judío ha enfrentado el destierro, conquistas, persecuciones, guerras e incluso se ha visto obligado a abandonar su tierra en numerosas ocasiones. En su búsqueda por nuevos destinos donde echar raíces, desarrollarse y practicar su fe libremente, no han podido escapar del rechazo y la discriminación de las sociedades que los reciben.

En 1492, tras ser expulsados de España por los Reyes Católicos, los judíos se dispersaron por varias regiones, entre ellas Portugal y el norte de África, y algunos decidieron trasladarse al Nuevo Mundo, desembarcando en tierras americanas como parte de la tripulación de Cristóbal Colón. A pesar de que esta primera comunidad terminó por asimilarse en la sociedad novohispana y mexicana, unos siglos después, durante el Porfiriato y más tarde en la Segunda Guerra Mundial, México recibió un flujo importante de inmigrantes judíos que sentaron las bases de la comunidad israelita actual.

Así, mediante una investigación documental, se reconstruye la historia de la comunidad judía en México, específicamente aquella que radica en el Área Metropolitana

de Guadalajara (AMG), desde la llegada de los primeros inmigrantes durante la colonia hasta nuestros días. Lo anterior se complementa con una investigación etnográfica en la que integrantes de la comunidad israelita fueron entrevistados para conocer las historias de sus familias, así como las costumbres y ceremonias que aún practican.

La importancia de esta investigación radica en reconocer y divulgar la riqueza cultural que se esconde en Guadalajara, los aportes que la comunidad judía ha generado en la construcción de la ciudad y visibilizar el racismo al que aún se enfrentan en nuestros días.

1. Introducción

1.1. Objetivos

Esta investigación tiene por finalidad colocar su atención en la riqueza cultural que habita tanto nuestro país como nuestra ciudad, mediante el reconocimiento de la historia de una de las comunidades que la integran: la judía. Asimismo, busca develar las huellas que ésta ha dejado a lo largo de su paso por las calles del AMG, la forma en la que ha influido o participado en su construcción, así como los rincones en los que han escondido las memorias del pasado.

A través de una investigación documental, complementada con entrevistas realizadas a integrantes de la comunidad judía, conocemos sus procesos de adaptación e inserción en la comunidad mexicana, el racismo y las persecuciones que han enfrentado, así como experiencias de vida que nos acercan a los rostros que han conformado parte de la historia.

1.2. Justificación

En una conferencia para TED (2009), la escritora Chimamanda Adichie advierte sobre el peligro de crear una historia única, la cual implica que, desde una posición de poder, se reduce a una persona, comunidad o país a un conjunto de estereotipos, ya sean

verdaderos o erróneos, pero a final de cuentas incompletos. Dado que esta noción está relacionada con el poder, no podemos dejar de lado que el grupo dominante tiene la capacidad de decidir cómo y cuándo cuenta la historia de sí mismo, así como del otro, es decir, de aquel que es diferente; además de tener el control sobre cuántas versiones o perspectivas son incluidas en la conformación de esa historia.

Si lo extrapolamos al pueblo judío, parte de la historia única que se ha construido en torno a sus integrantes a lo largo de los siglos es que son codiciosos y avaros, tienen apariencia y cola de diablos, o como recupera Jean Meyer de lo escrito por el padre Giuseppe Oreglia di San Stefano en 1880, los judíos son “dueños de la fortuna pública, usureros insolentes, arruinan a las familias cristianas”, además de haber inventado esta narrativa del crimen ritual donde los judíos, previo a su celebración de la Pascua, sacrificaban y asesinaban niños cristianos (Meyer, 2012).

Éstos son sólo algunos de los muchos estereotipos y mitos que se han utilizado no sólo para acentuar las diferencias que separan a la comunidad judía del resto de la sociedad o causar temor hacia sus personas, sino también para justificar el odio, el rechazo, las persecuciones y asesinatos que han realizado contra ellos. Es precisamente esta historia única, esta “versión oficial” de quiénes son los judíos mexicanos la que busco desmentir a través del reconocimiento y la visibilización, sino de la mayoría, de algunas de las voces y testimonios de sus integrantes.

Así, según Cristina Gutiérrez (1997), existe un valor en la memoria individual, en los relatos únicos e irrepetibles que poseen los integrantes de la comunidad judía. Su recuperación nos permite acercarnos y reconstruir su historia tanto en México como en el AMG, así como al grupo social al que pertenecen; su familia, grupo étnico, la clase social, el sector económico, entre otros.

1.3 Antecedentes

Una historia de conquistas y diásporas a lo largo de los siglos

Cuando escuchamos la mención en torno al pueblo judío, algunas de las imágenes que van surgiendo en nuestra mente pueden relacionarse con la religión cristiana, la vida y muerte de Cristo, o quizás otros piensen en tiempos de guerra, el Holocausto, los campos de concentración y los nazis. Me atrevo a aventurar que la mayoría de nosotros asociamos al pueblo judío con una historia difícil, llena de tiempos de oscuridad, y a pesar de que no siempre fue así, dado que existieron algunos periodos de paz y prosperidad, no se comparan con la interminable cantidad de conquistas, expulsiones, siglos de persecución y esclavitud que tuvieron que enfrentar.

De acuerdo con lo escrito en los libros antiguos de este pueblo —la Biblia—, la persona considerada como el primer judío fue el profeta Abraham, de cuya descendencia, a través de su nieto Jacob, surgieron las doce tribus de Israel. Éstas fueron esclavizadas en Egipto por aproximadamente 400 años y no fue hasta el siglo XIII a.C. que recuperaron su libertad cuando Moisés las condujo a la tierra que Dios les había prometido, la cual alcanzaron tras cuarenta años de deambular en el desierto. Posteriormente, el pueblo judío se asentó en Jericó dando inicio a un periodo de monarquías, y tras la repartición de la tierra entre los integrantes de las tribus, surgieron los reinos de Judea y de Israel en el año 930 a.C.

Lo anterior nos permite conocer las historias que el pueblo judío ha transmitido de una generación a otra para explicar sus orígenes. Así, el periodo monárquico fue quizás el primero de pocos en los que los judíos vivieron en paz hasta que entre el 722 y 720 a.C., el reino de Israel fue invadido por los asirios causando el exilio de diez de las tribus. Poco después, en el año 586 a.C. el reino de Judea fue tomado por los babilonios, quienes deportaron a la mayoría de los judíos a Babilonia para retenerlos como esclavos. Estos dos episodios son considerados por algunos investigadores como la primera diáspora del pueblo judío, es decir, la primera dispersión y salida de su tierra, no obstante,

estas migraciones han ocurrido desde el comienzo de su historia y conformación como pueblo.

Transcurrido un corto tiempo de la invasión asiria y babilónica, el territorio judío volvió a sufrir una nueva conquista ahora a manos de los persas, que posteriormente fueron derrocados por la invasión griega. Sin embargo, sería hasta el 170 a.C. que ambos territorios, Israel y Judea, volverían a estar bajo dominio judío.

Hacia el año 6, Judea fue anexada a Roma como una nueva provincia del imperio. Durante estos años surgió la figura de Jesús de Nazaret, quien fue considerado como un profeta más para el pueblo judío en vez de aquel mesías que tanto anhelaban que viniera a darles libertad y a gobernarlos. Tiempo después, a partir del año 66 surgieron rebeliones internas por parte del pueblo judío en contra del imperio romano, que terminaron siendo sofocadas por el emperador Vespasiano, quien en el año 70 incendió la ciudad de Jerusalén y destruyó el segundo templo, puesto que el primero había sido derruido durante la invasión babilónica. Una gran cantidad de judíos fueron expulsados, mientras que otros fueron deportados como esclavos, propiciando no sólo la “segunda” diáspora sino también el surgimiento de comunidades judías a lo largo del territorio controlado por el imperio romano.

Foto 1. Saqueo romano del Templo en Jerusalén, año 70. Relieve en el Arco de Tito, Roma.



Fuente: Enlace Judío.

Los siguientes cien años presenciaron el crecimiento y la expansión de la cultura judía hacia lugares como Grecia, Italia, Francia, España, el norte de África, además de algunas localidades en Asia Menor. Asimismo, los lazos que establecieron entre ellas les permitieron convertirse en comerciantes exitosos durante la Edad Media. Desafortunadamente, las persecuciones continuaron para los judíos ubicados en Asia Menor, sobre todo durante los primeros siglos de la expansión islámica; posteriormente, con la expansión musulmana, algunos tuvieron la oportunidad de desarrollarse como hombres de estado, médicos, banqueros, teólogos, investigadores y poetas.

En el caso de los judíos que residían en la península ibérica, específicamente aquellos en España, éstos fueron perseguidos y obligados a convertirse al cristianismo durante el mandato de los Reyes Católicos. Sin embargo, aquellos que se negaron a ser bautizados fueron expulsados de tierras españolas en 1492 y, al verse desprovistos de un hogar, muchos de ellos decidieron embarcarse en las expediciones de Cristóbal Colón rumbo al Nuevo Mundo, suceso que abordaré en un siguiente apartado.

La historia de los judíos europeos no termina aquí pues a la expulsión española siguieron otras más en Inglaterra, Francia y Alemania —por nombrar algunas—. Y a pesar de que los judíos encontraban la forma de sobreponerse, emprender negocios y prosperar, continuaron siendo objetivo de la envidia, el odio, y la discriminación de aquellos a su alrededor.

Según el artículo de Rogelio Villarreal (2013), el antijudaísmo cristiano al que se enfrentaban los judíos, que consistía en ser rechazados por “haber matado al hijo de Dios”, además de ejercer un pensamiento y una religión distintos al cristianismo, se convirtió en una nueva versión de racismo conocida como antisemitismo, pero ahora basado en ideas raciales y pseudocientíficas. El antisemitismo tuvo su auge en la primera mitad del siglo XX en Europa durante la Alemania Nazi, por lo que no es de extrañar que surgiera un movimiento sionista que defendía el establecimiento de una nación para el pueblo judío en la región de Palestina, el cual logró su fundación en 1948, tres años después de que la Segunda Guerra Mundial llegara a su fin. Aunque algunos países árabes o incluso algunos integrantes de la comunidad judía no reconozcan a Israel, de manera internacional es reconocido como el primer Estado judío.

Persecución y expulsión de España

A lo largo de la constitución del reino español, los judíos fueron perseguidos constantemente, y no sólo esto, sino que también enfrentaron distintos obstáculos que tenían por objetivo impedir su desarrollo en la sociedad. Según Alfonso Toro (1982), durante el reinado de Recaredo se les prohibió contraer matrimonio con mujeres cristianas, tampoco podían tener esclavos cristianos ni ocupar ningún cargo que les diera jurisdicción sobre un cristiano. Posteriormente, en tiempos del rey Sisebuto (1610-1620), 90 mil judíos fueron obligados a ser bautizados y a aquellos que se negaron, les fueron confiscados sus bienes. Aunado a esto, en aquella época un gran número de niños judíos fueron separados de sus padres y llevados a conventos donde crecieron bajo una educación cristiana (Toro, 1982).

Ocho siglos antes del reinado de Isabel y Fernando, los Reyes Católicos, España fue invadida por los árabes, y a lo largo de esos ocho siglos los judíos vivieron relativamente más tranquilos, gozando no sólo de la protección de los conquistadores sino también de la posibilidad de ocupar cargos políticos, ejercer la medicina o dedicarse al mundo financiero. Así, al mismo tiempo que las condiciones de la población judía mejoraban, su economía y posesión de bienes aumentaban, además de tener mayor presencia en el ámbito público, el descontento y la envidia de la población cristiana no hacían otra cosa más que crecer. Es así que cuando los Reyes Católicos recuperan el control sobre España, la población cristiana tenía un profundo recelo hacia aquellos enemigos cuya superioridad intelectual les había permitido dominar la industria, el comercio y las finanzas.

Es importante realizar un breve paréntesis para mencionar que una de las grandes influencias en la toma de decisiones de los Reyes Católicos con respecto a la persecución y expulsión del pueblo judío fue el confesor de la reina Isabel, fray Tomás de Torquemada, quien previo a la coronación de Isabel decretó que, si ésta lograba llegar al trono, lucharía contra la herejía que habitaba en el reino con la finalidad de erradicarla y así dar gloria al Altísimo. Aunque los preparativos de la persecución iniciaron desde 1478,

no fue sino hasta el 2 de enero de 1481 cuando quedó establecido el Tribunal de la Inquisición.

Así, durante el reinado de Isabel y Fernando, las persecuciones se reanudaron. También entraron nuevamente en vigor leyes suntuarias que tenían largo tiempo en desuso y que prohibían que los judíos utilizaran la seda, el oro, la plata, entre otras piedras preciosas; tampoco se les permitió comerciar con cristianos. Aunado a esto, fueron obligados a vivir en barrios especiales conocidos como juderías, los cuales podrían ser pensados como los guetos de la Antigüedad y que tenían por objetivo separar a los judíos de los cristianos.

Foto 2. La expulsión de los judíos de Sevilla. Pintura realizada durante el siglo XIX por Joaquín Turina y Areal.



Fuente: Centro de Interpretación de la Judería de Sevilla.

A finales de marzo de 1492 los reyes emitieron un decreto de expulsión general para todos los judíos residiendo en el reino, así como para aquellos que estuvieran ubicados en territorios bajo el dominio de la Corona española. Entre las dificultades que experimentó la comunidad, una de las principales fue que no tenían acceso al oro, la plata, ni siquiera a la moneda acuñada, por lo que tuvieron que malbaratar sus bienes o

realizar intercambios injustos para obtener recursos que les permitieran transportarse o les fueran útiles en su travesía en busca de un nuevo hogar. Así fue como los judíos cedieron sus casas y villas a cambio de mulas y pedazos de paño que les fueron dados por los cristianos con quienes realizaron estos intercambios.

A pesar de la emisión del decreto, un gran número de judíos albergaban la esperanza de negociar y aplazar el día de su partida por lo que seleccionaron a algunos comisionados que se presentarían ante los reyes mientras que el resto permanecían escondidos en los sepulcros de sus familiares difuntos. Desafortunadamente, no lograron conseguir el plazo que esperaban, así que formaron caravanas y salieron de España, “unos cayendo, otros levantando, unos muriendo, otros naciendo, otros enfermando”, como recupera Toro de una mención realizada por un escritor contemporáneo (Toro, 1982).

Foto 3. Expulsión de los judíos de España (año de 1492). Pintura de Emilio Sala Francés.



Fuente: Museo Nacional del Prado.

Los judíos que se trasladaron al norte de África sufrieron robos y asaltos no sólo de sus bienes, quedando descalzos, desnudos y expuestos a los parásitos, sino que también perdieron a sus mujeres y sus hijas. Por el contrario, aquellos que optaron por viajar a Portugal terminaron siendo expulsados en 1497 por el rey Manuel I, quien decretó que si éstos no se convertían al cristianismo deberían abandonar el país.

De acuerdo con lo consultado por Toro (1982) en sus investigaciones, el cálculo de judíos desplazados oscila entre los 300 mil y los 2 millones. No hace muchos años, España tomó la decisión de otorgar la nacionalidad a aquellos judíos que tuvieran una manera de comprobar sus lazos pasados con el país. Este acto fue considerado no sólo como una forma de arrepentimiento sino también como un medio para reparar las atrocidades que España realizó en contra del pueblo judío en el pasado.

Los criptojudíos portugueses en la Nueva España

Existen estudios que evidencian que los primeros judíos en llegar a México se hicieron a la mar como parte de la tripulación de Cristóbal Colón; uno de los nombres iniciales de los que se tiene registro es el de Luis de Torres, quien muy probablemente fue acompañante de Colón cuando éste viajó por primera vez al Nuevo Mundo. Los judíos soñaban con que al trasladarse a esta nueva tierra podrían ser libres de practicar su fe sin ser perseguidos ni castigados, cuestión que no podía estar más lejos de lo que verdaderamente ocurrió.

Como era de esperarse, los Reyes Católicos desarrollaron todo tipo de normas, cédulas y leyes con la esperanza de frenar el flujo judío al territorio recién adquirido, sobre todo con la finalidad de que no contaminaran sus esfuerzos de evangelización. De hecho, si algún judío converso deseaba viajar a la Nueva España debía contar con una licencia o permiso emitido por las autoridades correspondientes. No obstante, a pesar de los esfuerzos de los reyes, un gran número de judíos lograron reubicarse en el nuevo territorio español mediante sobornos, falsificación de documentos o la adopción de nombres ficticios, participando no sólo en el descubrimiento y la conquista, sino también

en la constitución de la sociedad colonial donde los integrantes de la comunidad judía se desarrollaron en diversas clases sociales al ejercer todo tipo de profesiones y oficios.

En un artículo para el medio electrónico *Enlace Judío*, José Navarro (2017) menciona que entre 1580 y 1640, mientras las Coronas española y portuguesa estuvieron unidas, la Nueva España recibió un flujo migratorio de judíos portugueses sefarditas que ingresaron a tierras mexicanas como “hebreos cristianos nuevos”, es decir, judíos que habían sido convertidos por la fuerza. No obstante, muchos de ellos eran *criptojudíos*, lo que quiere decir que ante la mirada pública eran cristianos, pero verdaderamente continuaban siendo fieles a su fe y practicando la Ley de Moisés en secreto.

Sus esfuerzos les permitieron establecer una extensa red comercial con diversas comunidades a lo largo y ancho de Europa, entre ellas algunas colonias españolas y portuguesas. Durante el siglo XVII fortalecieron las relaciones que habían construido en la Nueva España donde el comercio de mercancías y bienes provenientes de tierras lejanas se realizaba entre la Ciudad de México, Veracruz, Guadalajara, Michoacán, Puebla y Zacatecas.

Según los registros de 1619, entre las principales ocupaciones en las que se desarrollaron los integrantes de la comunidad judío-portuguesa se encuentran que aquellos que vivían en pequeños poblados solían ser comerciantes de mercancías o encargados de medios de transporte, mientras que otros eran granjeros, rancheros o soldados. Respecto a los que estaban ubicados tanto en las grandes ciudades como en las afueras de éstas, realizaban labores artesanales en calidad de pintores, zapateros, carpinteros o trabajadores de piel.

En su artículo, Navarro (2017) también menciona que de acuerdo con las investigaciones realizadas por Seymour B. Liebman, un gran número de autores y académicos minimizaron la existencia de judíos–portugueses en la Nueva España. Además, cuestionaron sus capacidades para mantener viva la práctica del judaísmo, así como la habilidad para actualizarse y seguir en contacto con otros judíos. Si bien es cierto que el aislamiento y la opresión a las que se enfrentaron durante la época inquisitorial (cuestión que desarrollo de manera general en el siguiente apartado), perjudicó la práctica de su fe, haciendo que ésta creciera, en cierto modo, desnutrida o sin dirección,

especialmente ante la ausencia de un rabino, los judíos-portugueses lograron preservar la conexión con sus tradiciones gracias a los lazos comerciales y sociales que establecieron con comunidades hermanas de sefaradíes.

Estas relaciones beneficiaron tanto a los judíos que residían en la Nueva España como a aquellos que se encontraban en regiones europeas; mientras los primeros conseguían tener acceso a libros hebreos, los segundos obtuvieron apoyo económico para sus sinagogas, proveniente no sólo de tierras novohispanas sino también de otros países de América. Aunado a esto, Navarro menciona que la comunicación que sostuvieron propició “el casamiento entre familias del mismo origen” (Navarro, 2017). Un nombre que surgió entre los documentos del Archivo General de la Nación (AGN) es el de Manuel de Álvarez de Arellano quien, además de ser comerciante judío-portugués fungió como casamentero durante el siglo XVII; sus viajes consistían en trasladarse de Italia a Veracruz, y viceversa, con el objetivo de informar a los padres judíos acerca de jóvenes mexicanas elegibles para sus hijos (Navarro, 2017).

En 1640, después de que Portugal se separara de la Corona española y se proclamara como un reino independiente, los judíos portugueses en la Nueva España fueron acusados de conspiradores, y a pesar de que jamás se encontraron pruebas de que éstos estuvieran planeando un complot en contra de la Inquisición y de la Corona virreinal de México, fueron perseguidos; entre 1642 y 1649 se estableció el “Gran Auto de Fe” que permitió que judíos de distintas procedencias, no únicamente de Portugal, fueran encarcelados. Estas detenciones propiciaron que las autoridades extrajeran del campo comercial a los judíos, librándose de la competencia que representaban y adjudicándose no sólo sus riquezas sino también sus bienes, los cuales les fueron confiscados (Navarro, 2017).

La Inquisición en la Nueva España

De acuerdo con lo mencionado por Alfonso Toro (1982) en *Los Judíos en la Nueva España: documentos del siglo XVI, correspondientes al ramo de Inquisición*, el Tribunal de la Inquisición fue establecido en México por fray Juan de Zumárraga alrededor de

1530 cuando éste fue nombrado inquisidor apostólico. Tanto las autoridades como los vecinos tenían la obligación de ayudar al tribunal, así como al inquisidor general a quien debían acudir para denunciar a los herejes ocultos dentro de la sociedad. No obstante, es durante el periodo de la contrarreforma, tras la implantación (oficial) del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, dirigido por Moya de Contreras en 1571, que surgió un fuerte movimiento antisemítico mexicano.

Los judíos de la Nueva España fueron obligados a ser convertidos al cristianismo, sin embargo, “el bautismo apenas hizo otra cosa que convertir a una considerable porción de judíos de infieles fuera de la Iglesia a heréticos dentro de ella” (Toro, 1982). En uno de los apartados de su libro Alfonso Toro recupera de documentos creados durante la Inquisición, los cuales están dentro del acervo del Archivo General de la Nación (AGN), una lista de nombres de algunos integrantes de la comunidad que fueron detenidos y llevados a juicio. Entre algunas de las razones por las que fueron acusados y condenados a la hoguera se encuentran aquellos que se sospechaba eran judíos, otros que se sabía que lo eran, algunos que además de judíos eran agresores, otros que practicaban la Ley de Moisés o que supuestamente eran herejes judíos, aquellos que eran descendientes o hijos de un judío, judíos que arribaron a México con documentos falsificados, judíos fugitivos, judíos reconciliados o, aquellos que eran judaizantes.

Aunque un gran número de ellos fueron asesinados, mientras que otros terminaron asimilándose a la sociedad cristiana, la cohesión que surgió en la Comunidad Israelita permitió la sobrevivencia de la mayoría, quienes continuaron practicando sus rituales y ceremonias de manera secreta y clandestina, ya fuese en épocas de persecución o incluso de tolerancia religiosa. Su unión, según lo propuesto por Toro (1982), no sólo derivaba del hecho de que compartían un cuerpo de dogmas sujeto a discusiones, críticas y disensiones teológicas, sino por las prácticas y observaciones que tenían en común. Además, al ser una comunidad ajena al resto de la sociedad, sus integrantes estaban encerrados en numerosas prescripciones religiosas que los obligaban a ser poco sociales con personas externas a su círculo, lo que ocasionó que fueran odiados y rechazados con facilidad (Toro, 1982).

El Porfiriato y la política de “puertas abiertas”

Según Cristina Gutiérrez y Gloria González (1996), la comunidad judía que actualmente radica en México, sobre todo en Guadalajara, resultó de una serie de migraciones que en su mayoría fueron realizadas durante las primeras décadas del siglo XX.

Una de las recepciones de inmigrantes judíos más importante ocurrió en la época del Porfiriato cuando el presidente Díaz abrió las puertas de la nación a inversionistas extranjeros, además de la recepción en apoyo de mano de obra. Precisamente en 1910 se registró de manera oficial la primera presencia judía en suelo mexicano. No obstante, fue hasta la década de los veinte cuando comenzaron a formarse las primeras comunidades.

Antes de continuar, es importante describir las políticas migratorias desarrolladas previo a la recepción de los inmigrantes judíos dado que permitirán entender la supuesta apertura con la que fueron admitidos, especialmente el panorama que se desarrolló posteriormente y que resultó en el cierre de puertas en la década de los treinta.

Al inicio de su mandato, Díaz se limitó a continuar la política extranjera de sus antecesores Benito Juárez y Lerdo de Tejada al buscar fortalecer la relación con Estados Unidos. No obstante, tiempo después giró su atención a las potencias europeas con la finalidad de conseguir inversiones del extranjero, lo que lo llevó a relacionarse de forma especial con Gran Bretaña.

Lo que no muchos conocen es que en 1909 entró en vigor la Ley migratoria de 1908 la cual contenía una serie de pautas o códigos que tenían por finalidad restringir el acceso de los extranjeros al país. Así, a través de una clasificación se designaba quiénes serían admitidos, rechazados y expulsados. Según recupera Marcela Martínez (2021), esta ley surgió en respuesta a los proyectos de migración y colonización, a las iniciativas gubernamentales y coyunturas político–sociales, así como a la intolerancia religiosa de aquellos días.

Otra de las teorías que se han formulado en torno al cambio en las políticas migratorias consiste en el deterioro sanitario en los puertos y las embarcaciones que llevaron a la necesidad de frenar el flujo de inmigrantes que pudieran ser portadores de

alguna enfermedad, así como evitar la admisión de aquellos que tuvieran problemas de conducta o moral dudosa. No obstante, Martínez (2021) menciona que éstos eran estereotipos principalmente asociados a los inmigrantes provenientes de Asia.

En décadas anteriores, la admisión o el rechazo de los inmigrantes recién llegados a México se basaba en criterios raciales, los cuales permitían identificar a las comunidades extranjeras “ideales” y asimilables a la sociedad mexicana de aquellas que no lo eran. Estos criterios consistían “en el positivismo europeo, la superioridad de la raza blanca, la religión católica, el origen latino, la similitud en el contexto cultural, el desarrollo industrial o la ‘capacidad de la raza’” (Martínez, 2021).

A pesar de no haber sido mencionados dentro del discurso oficial, los judíos formaron parte de una de las comunidades que fueron descartadas durante muchos años, y no fue sino hasta 1909 tras una entrevista que realizó John W. de Kay a Porfirio Díaz, que este último invitó, de manera abierta, a cualquier integrante de la comunidad judía que así lo deseara a ingresar al país.

Las circunstancias contextuales que envuelven el desarrollo de esta entrevista resultan, hasta cierto punto, controvertidas. Además, la actitud que mostró el presidente Díaz, no sólo escondió sus verdaderos motivos —evitar perder las relaciones establecidas con Gran Bretaña, sobre todo las inversiones que ésta realizaba en México—, sino que también dibujó una imagen falsa sobre una nación estable y con libertades político-religiosas, cuando verdaderamente se encontraba en la antesala del conflicto revolucionario.

Durante la entrevista, Porfirio Díaz reconoció el valor y la participación de los judíos en cuestiones laborales y democráticas en los países donde decidían establecerse. Además, añadió que ante las persecuciones a las que se enfrentaban constantemente, quería prestar su ayuda y darles la bienvenida a México, donde podrían gozar de la justicia, igualdad ante la ley y libertad de profesar su fe. También mencionó que podrían adquirir la ciudadanía conforme a lo establecido en la ley, sin embargo, aquellos que no quisieran renunciar a su nacionalidad seguirían siendo bienvenidos —siempre y cuando fueran trabajadores honestos y obedecieran la ley—, además de que recibirían un trato en calidad de extranjeros, sin importar la religión que profesaran o su lugar de origen.

Aunado a lo anterior, el presidente Díaz hizo hincapié en la necesidad que tenía el país en mano de obra agrícola, así como industrial —dado que a ésta última le hacía falta mucho camino por recorrer—. Así, expresó su deseo de asentamientos judíos a lo largo del territorio mexicano con la finalidad de que fungiesen como maestros para las fuerzas laborales de la nación, no únicamente en cuestiones agrícolas e industriales, sino también comerciales, económicas y de ahorro.

Desafortunadamente no se cuenta con una cifra exacta en torno a la inmigración judía, debido a que en aquella época los registros censales no tomaban en cuenta el aspecto religioso u otros detalles que pudiesen ayudar a identificarlos. Pese a que muchos integrantes de la comunidad ashkenazi ya se encontraban establecidos en suelo mexicano, varios investigadores han afirmado que entre 1884 y 1900 se registró, de manera oficial, el ingreso de integrantes de esa comunidad. Así, en un censo de 1900 se reportó que un total de 200 personas se habían declarado judías.

La historia de dos comunidades

Aunque algunos inmigrantes judíos visualizaban a México como destino principal, el cual alcanzaban al desembarcar en el Puerto de Veracruz, lo cierto era que la mayoría buscaban establecerse en Estados Unidos. Desafortunadamente, muchos de ellos no lo consiguieron ya que entre 1921 y 1924 el gobierno norteamericano realizó cambios en sus políticas migratorias y no sólo estableció cuotas a los recién llegados, sino que poco después decidió detener el ingreso a su territorio al cerrar el puerto de Ellis Island, Nueva York.

Lo anterior causó que los inmigrantes judíos se desviarán, algunos cruzaron la frontera hacia tierras mexicanas, otros se trasladaron a países ubicados al sur del continente —entre ellos Argentina, que actualmente cuenta con la comunidad más grande de Latinoamérica—, mientras que alrededor de diez mil judíos, según lo que reportaron los periódicos en aquella época, tuvieron que regresar y quedaron varados en puertos europeos (Gojman y col., 1995).

Entre los recién llegados se encontraban judíos provenientes de Europa Oriental, en su mayoría de Polonia, Lituania y Rusia, además de aquellos que habían residido en Turquía, Grecia, Bulgaria y Líbano. Según un estudio realizado por Alicia Gojman y sus colaboradores (1995), la presencia dominante de los recién llegados fueron los integrantes de la comunidad ashkenazi quienes, además de provenir de algunos de los lugares ya mencionados también eran originarios de Alemania, Austria, Bélgica, Checoslovaquia, Francia, Holanda, Hungría, Polonia, Rumania y Suiza. En la tabla que se muestra a continuación se visualizan las cantidades de inmigrantes ashkenazis que ingresaron al país entre 1920 y 1929, diferenciados por sus nacionalidades de origen.

Tabla 1.

**Ingreso de judíos ashkenazitas a México
1920-1924 y 1925-1929**

	Ale.	Aus.	Bél.	Che.	Fra.	Hol.	Hun.	Lit.	Pol.	Rum.	Rus.	Sui.	Total
1920-1924	8	11	0	3	3	0	14	104	264	0	235	1	643
1925-1929	70	10	0	17	18	0	60	226	1,232	1	991	2	2,627
Total	78	21	0	20	21	0	74	330	1,496	1	1,226	3	3,270

Ingreso de judíos ashkenazis a México 1920-1924 y 1925-1929. Fuente: Gojman y Col., 1995.

Entre las razones de su llegada a México se encontraba la búsqueda de mejores oportunidades de vida y desarrollo, tanto para ellos como para el resto de sus familias. Otros dejaron sus antiguos lugares de residencia para evadir las persecuciones, los pogromos,¹ así como el servicio militar, sobre todo durante periodos de conflicto, como la desintegración del Imperio Otomano, la Revolución Rusa o la Primera Guerra Mundial. Aunado a éstos, durante el ascenso del nazismo y el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, un gran número de judíos se vieron en la necesidad de escapar de sus hogares por lo que algunos de ellos optaron por trasladarse a nuestro país.

Durante la década de los veinte había aproximadamente 40 familias judías en Guadalajara que solían reunirse en casas, salones de billar, o incluso en la Logia

¹ Según la enciclopedia del Holocausto del United States Holocaust Memorial Museum, el pogromo es una palabra rusa que hace referencia a los ataques violentos contra judíos que fueron realizados por poblaciones locales, no judías, en el Imperio Ruso.

Masónica de López Cotilla con la finalidad de celebrar sus ceremonias y rituales. Estas familias no conformaban una comunidad homogénea debido a que provenían de diferentes países, y al haber adoptado el idioma de estos lugares no tenían una lengua en común. A pesar de que utilizaban el hebreo en sus celebraciones, no lo dominaban en su totalidad para utilizarlo como idioma base.

Uno de los principales factores que generaba el crecimiento de diferencias entre los integrantes de la comunidad era que a México habían llegado dos grupos de judíos: los ashkenazis y los sefaradíes. Los primeros constituían a las familias que se habían asentado en Europa Oriental tras su exilio del Medio Oriente, mientras que los segundos estaban conformados por las familias que se habían establecido en la Península Ibérica y que habían sido expulsados en el siglo XV —específicamente aquellos en España y los dominios de la Corona, como mencionamos con anterioridad—. Así, a Guadalajara llegaron sefaradíes provenientes de Turquía y Grecia, y ashkenazis que habían residido en Rusia y Polonia.

Durante 1925 los inmigrantes judíos fundaron en la ciudad tapatía la sociedad mutualista B'nai B'rith. Hijos de la Alianza. S.C., que dos años después cambió su nombre por Agudath Ajim. Unión Fraternal S. C.² Esta sociedad tenía por objetivo apoyar a los recién llegados, así como a los socios necesitados. Solía ser muy común que cuando un inmigrante judío llegaba a Guadalajara la sociedad lo apoyaba mediante préstamos para que pudiera comprar cualquier mercancía y la vendiera de puerta en puerta o en algún local que lograba improvisar (Gutiérrez y González, 1996).

² La sociedad decidió cambiar su nombre debido a que ya existía una con ese mismo en Estados Unidos.

Foto 4. Panteón Israelita.



Fuente: archivo fotográfico museo Moreshet.

El primer panteón judío surgió en 1926 cuando los ashkenazis y los sefaradíes compraron un terreno en la colonia de Atemajac del Valle para compartirlo y enterrar a sus muertos; hoy, éste continúa existiendo bajo el nombre de Panteón Israelita y está ubicado cerca del Auditorio Benito Juárez. Asimismo, en la década de los cuarenta los judíos rentaron un local, ubicado en Maestranza núm. 219, para llevar a cabo sus celebraciones. Este nuevo punto de reunión se vio inmerso en una multiplicidad de rezos en diferentes idiomas, vestimentas, tradiciones y gastronomías, dependiendo del lugar de donde provenían las familias. A pesar de lo marcadas que eran sus diferencias, solían convivir y apoyarse mutuamente, sobre todo en cuestiones de negocios.

Al ser una comunidad en formación, no era de extrañar que presentara carencias que dificultaban, hasta cierto punto, la práctica de sus costumbres y su fe. Entre éstas se encontraba la ausencia de un rabino que diera estructura a la comunidad y actuara de mediador entre ashkenazis y sefaradíes; así, un hombre con amplios conocimientos religiosos era quien dirigía los rezos. Tampoco existían los *shojets* o *matarifes*, quienes se encargaban de realizar las matanzas de animales en rituales tradicionales.

Aunado a esto, no tenían cómo importar alimentos para cumplir con el *kashrut*, que consistía en un conjunto de leyes dietéticas con instrucciones para la preparación de los alimentos, así como las especificaciones de aquello que podían o no comer según la ley

judía. No obstante, Cristina Gutiérrez y Gloria González mencionan que el mayor logro de estos primeros inmigrantes judíos fue reconocerse, articularse y hacer comunidad para sobrevivir y adaptarse a su nuevo lugar de residencia; gracias a ellos quedaron sentadas las bases para la vida familiar y comunitaria futuras (Gutiérrez y González, 1996).

Recuperando un poco lo expuesto anteriormente en cuestiones de las políticas migratorias, durante el mandato del presidente Díaz la admisión de judíos fue, hasta cierto punto, alentada hasta que el conflicto revolucionario la puso en pausa. En el siguiente periodo presidencial, que correspondió al de Álvaro Obregón, el mandatorio instó de manera pública, directa y oficial —a través de la expedición de una invitación escrita en mayo de 1922— a que los judíos constituyeran parte de la población y la fuerza laboral de México. La política de apertura demostrada por Obregón fue retomada por Plutarco Elías Calles al inicio de su gobierno, quien tras observar la actitud de rechazo que tomó la nación vecina difundió a través de la prensa europea y norteamericana la disposición de aceptar a los inmigrantes judíos. Sin embargo, es durante el mandato de este último presidente que se comenzaron a observar cambios en las políticas migratorias.

En 1925 Calles reformó la Ley de Inmigración de 1908 con la finalidad de prevenir que se saliera de control el flujo migratorio como ocurrió entre 1914 y 1918. Así, la nueva ley del 13 de marzo de 1926 creó las tarjetas de identificación, que suplieron el uso de pasaportes —cuestión que no estaba permitida por la Constitución—; instituyó el registro de entrada y salida del país tanto para los mexicanos como para los extranjeros; reglamentó la inmigración y emigración por vía aérea; y otorgó permiso a las autoridades de salubridad pública para permitir o rechazar extranjeros (Gojman y col., 1995).

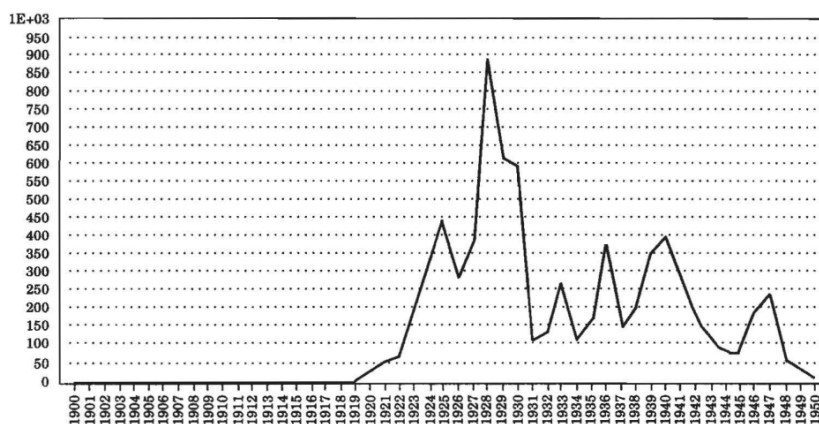
En 1929 la Secretaría de Gobernación emitió un comunicado a través del *Diario Oficial* para notificar el cese temporal en la admisión de extranjeros debido a los problemas que estaba atravesando de manera interna, específicamente con la repatriación de braceros, el desempleo que había ocasionado la crisis económica y el incremento de familias viviendo en situación de pobreza.

Complementando lo anterior, a finales de ese año la Secretaría de Gobernación y Relaciones Exteriores restringió el ingreso a extranjeros de diversos orígenes, entre los

que se encontraban integrantes tanto de la comunidad sefaradí como la ashkenazi. Por una parte, esto se debió a que los judíos eran considerados como una influencia negativa debido a las actividades en las que se desenvolvían; su concentración en los centros urbanos; así como el obstáculo que representaban en la competencia comercial y el progreso mercantil, especialmente de empresas pequeñas (Gojman y col., 1995).

Gráfica 1.

**Inmigración de judíos ashkenazitas a México
1900-1950**



Inmigración de judíos ashkenazitas a México 1900-1950. Fuente: Gojman y Col., 1995.

Así, con base en lo desplegado en la Gráfica 1, en 1928 ingresaron 888 judíos, mientras que, al año siguiente, esta cifra disminuyó a 30% al contar únicamente con 619 inmigrantes judíos. En 1930 entraron 597, que representa 32% menos que la cifra de 1928. Finalmente, en 1931 descendió un 87% de la cifra inicial al contar con un ingreso de 112 judíos.

Todo lo expuesto anteriormente provocó que la mayoría de los integrantes de la comunidad judía prefirieron ser identificados por las nacionalidades de sus antiguos países de procedencia, alemanes o polacos —por poner un ejemplo—, en vez de ser señalados como judíos. Esto se debió al temor que tenían de ser afectados por el conflicto de la Guerra Cristera, como les ocurrió a los protestantes y masones, quienes descubrieron en los periódicos que la Iglesia había pedido al resto de la población abstenerse de comprar en sus negocios o tener contacto con ellos. Así, los judíos intentaron realizar sus actividades sin llamar la atención.

Tiempo después, durante los años treinta, Guadalajara se convirtió en una ciudad receptora de integrantes de la comunidad judía que provenían de distintos lugares de la República como Mazatlán, Zacatecas, Fresnillo, La Barca, Colima, Tepic, la Ciudad de México, entre otros. No obstante, no fueron completamente bienvenidos por los tapatíos quienes los veían únicamente como extranjeros no católicos. Esto ocasionó que la comunidad judía se aislara limitando sus vínculos con el resto de la sociedad tapatía y permitiendo que creciera entre ambas un abismo cultural. Como hemos observado a lo largo de su historia, esta actitud no les era del todo ajena puesto que ya tenían experiencia viviendo en juderías o guetos. Cristina Gutiérrez (1996) menciona que la endogamia era una práctica común entre los integrantes de la comunidad; al unirse y casarse entre ellos no sólo lograban preservar sus rasgos culturales, sino que también aseguraban su trascendencia en las siguientes generaciones.

La influencia europea contribuyó en el surgimiento de campañas nacionalistas en México, las cuales reprodujeron el discurso nacional-socialista proveniente de Europa, donde un odio de origen religioso y clasista se perpetró en contra de comerciantes judíos. A la par de estos acontecimientos, en 1933 se difundió la circular núm. 250 del Departamento de Migración en cuyo apartado XII se traslucía el antisemitismo mexicano puesto que las autoridades exigían que los inmigrantes que fuesen judíos debían declarar su “raza” y religión desde su llegada al país con el objetivo de no permitirles el ingreso. En caso de incumplir el mandato y ser descubiertos, deberían atenerse a las consecuencias (Gojman y col., 1995).

A lo largo de esta época se identificó que los tapatíos aún se mostraban renuentes a aceptar a personas que profesaran otras religiones y que tuvieran rasgos étnicos distintos a los suyos. Además, Cristina Gutiérrez y Gloria González (1996) mencionan en un artículo para la revista *Estudios Jaliscienses* que la comunidad judía se vio perjudicada por el surgimiento de grupos radicales que, si bien no tenían por objetivo principal dañar a los judíos, aun así terminaron afectándolos.

***Timón*, la revista nazi de Vasconcelos**

El 22 de febrero de 1940 apareció en los escaparates el primer número de la revista *Timón*, una publicación que en nuestros días es negada por muchos y desconocida por la mayoría. Con un costo de cincuenta centavos, la revista estuvo bajo la dirección de quien fuera el secretario de Educación Pública, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y candidato a la Presidencia de la República en las elecciones de 1929, el famoso José Vasconcelos, quien gozó de una influencia pública entre 1910 y 1959.

El crítico literario Itzhak Bar-Lewaw mencionó en un congreso de 1971 que, al estallar la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939, los alemanes se encontraban al acecho de agentes en los distintos países neutrales con la finalidad de que les ayudaran a difundir la ideología nazi. En México, el mejor candidato era Vasconcelos, un intelectual y autor ampliamente leído a lo largo de América. Así, con el apoyo económico de comerciantes alemanes en suelo mexicano —quienes anunciaban sus productos en la revista—, además de Arthur Dietrich, el agregado de prensa de la embajada alemana, Vasconcelos fue responsable de la publicación de un total de diecisiete números de *Timón*, los cuales se distribuyeron entre los meses de febrero y junio de 1940.

Pese a que el objetivo de Vasconcelos era que la revista fuera percibida como una de corte cultural, lo cierto era que presentaba una filiación abiertamente nazi debido al contenido de sus páginas. Entre las temáticas que abordaba se encontraban noticias sobre Hollywood, el cine alemán, avances en la tecnología y ciencia alemanas, la ópera, la filatelia, fragmentos de novelas, cuentos, además de escasas noticias políticas sobre México, así como de acontecimientos en países Iberoamericanos. No obstante, la polémica de la revista consistió en la difusión de propaganda nazi —que traspasó las barreras de la publicación impresa para infiltrarse en la prensa mexicana—, contenido alusivo al régimen nacional socialista alemán —como aquel que podía observarse en las portadas de cada edición; véase Foto 4—, artículos antisemitas y antialiadados —sobre todo en contra de Polonia, Francia e Inglaterra, dado que en aquel entonces Estados Unidos aún no había anunciado su participación en el conflicto europeo, por lo que las

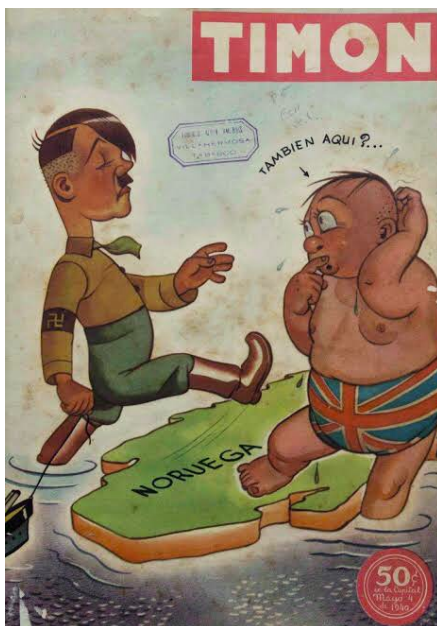
críticas que se realizaban en torno al país vecino eran de tono ligero, aun con el hecho de que Vasconcelos era antiyanqui—, a la par de composiciones poéticas y fotografías que exaltaban el heroísmo de los soldados del Eje.

Timón contó con la colaboración de sesenta personalidades que Bar-Lewaw califica de mediocres y con una fama periodística lamentable, a excepción de Andrés Henestrosa y Gerardo Murillo —mejor conocido como “Dr. Atl”—, figuras de mayor prestigio. Entre algunos enunciados destaca el realizado por Francisco Struck en un artículo del número 16 en el que escribió “Hitler es la escoba de Dios que está barriendo de la superficie de la tierra todo lo malo que se había acumulado durante siglos” (Bar-Lewaw, 1971).

En un artículo de Ricardo Lugo (2022), éste califica los discursos de Vasconcelos como panegíricos, es decir, discursos que alababan tanto a Hitler como al Tercer Reich. Aunado a esto, según lo mencionado por Bar-Lewaw (1971), el director de *Timón*, además de ser un agente al servicio de Hitler, creía que éste era un genio militar que tenía asegurada la victoria de la guerra por lo que México, así como el resto de América Latina deberían prepararse para apoyar el nuevo orden mundial encabezado por el dictador alemán.

A pesar de que en México y América Latina se vivía un ambiente germanófilo, muchos críticos, periodistas y académicos no tienen claras cuáles fueron las razones y los motivos que empujaron a Vasconcelos a sumarse a la realización de la revista. Es más, durante las investigaciones de Bar-Lewaw, el crítico se percató del muro de silencio ejercido por una gran parte de los empleados y diplomáticos de la Embajada alemana en México, además del sentimiento de vergüenza compartido por los mexicanos, quienes parecieran preferir olvidar lo sucedido a afrontar esta mancha en la historia de uno de los personajes emblemáticos de la nación (Bar-Lewaw, 1971).

Foto 5. Portada de la revista *Timón* (núm. 1). Conquista alemana de Noruega.



Fuente: Revista Ecúmene de Ciencias Sociales (RECS).

En junio de 1940, bajo la presión del gobierno estadounidense, Eduardo Hay, el ministro de relaciones exteriores pidió a Dietrich que abandonara el país, cuestión que tenía por finalidad frenar la difusión de la propaganda nazi. Durante ese mismo mes, previo a la invasión alemana en Francia, la Secretaría de Gobernación confiscó la revista, silenciándola, así como a Vasconcelos y sus colaboradores, para siempre.

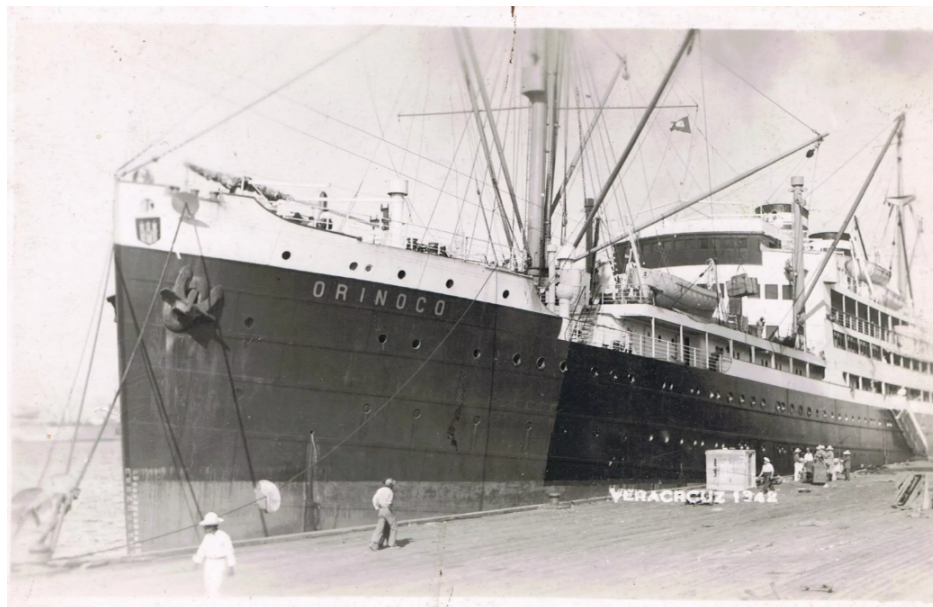
Segunda Guerra Mundial, la memoria olvidada de un exilio

En un artículo para *Letras Libres* Daniela Gleizer (2019) pone sobre la mesa la actitud controvertida y ambivalente del gobierno mexicano durante el mandato de Lázaro Cárdenas al expresar su apoyo y recibir a los republicanos españoles exiliados, mientras que los judíos que buscaban refugio del ascenso de Hitler, el exterminio nazi, entre otros estragos de la Segunda Guerra Mundial, no sólo fueron rechazados, sino que fueron abandonados a su suerte en los barcos en los que habían llegado.

Pese a que México ya recibía inmigrantes judíos mucho antes de la década de los treinta, Gleizer señala el año de 1938 como una fecha importante y emblemática en la

migración judía, pues en el mes de octubre se prohibió el desembarco de aproximadamente 21 refugiados judíos que venían a bordo del vapor Orinoco. Cuatro años atrás, en 1934, la Secretaría de Gobernación había expedido la circular confidencial núm. 157 que no sólo prohibía el ingreso de inmigrantes judíos sino también de otros grupos étnicos, nacionales y políticos no deseados (Gleizer, 2019).

Fotografía 6. El vapor Orinoco en el Puerto de Veracruz.



Fuente: Enlace Judío.

La diferencia de trato y aplicación de las leyes mexicanas permitieron “la entrada y pronta adaptación de unos, para dejar afuera a los otros” (Gleizer, 2019). Así, a los judíos se les exigió que sus solicitudes de asilo fueran realizadas desde un país donde fuesen perseguidos, de no ser así eran rechazados. Tampoco podían ser apátridas, cuestión que resultaba imposible para la mayoría dado que habían sido desnacionalizados por los nazis. A la par de lo anterior, los consulados mexicanos en suelo europeo les pedían todo tipo de documentos para validar su calidad de perseguidos. Entre éstos se encontraban las actas de nacimiento y matrimonio, pasaportes que fueran válidos por dos años, papeles que comprobaran que eran

perseguidos políticos —los cuales eran difíciles de obtener, sino imposibles—, entre otros.

Por el contrario, las exigencias con los refugiados españoles fueron escasas. A éstos les pidieron pocos documentos debido a que las autoridades entendían que estaban escapando de un país en guerra civil. Además, a su llegada les otorgaron permisos de trabajo, les ofrecieron la nacionalidad mexicana —saltándose lo designado por la ley para cumplir este trámite— sin la necesidad de que renunciaran a la española³. De entre 34 y 40 mil refugiados españoles que se trasladaron a Latinoamérica, la nación mexicana acogió alrededor de veinte mil. Mientras que tan sólo permitió la entrada de 1,800 refugiados judíos de aproximadamente noventa mil que arribaron a la región (Gleizer, 2019). La mayoría de los exiliados judíos lograron entrar gracias a que tenían familiares cercanos ya establecidos en el país, algunos eran refugiados políticos conocidos, mientras que otros encontraron formas de doblegar y eludir la ley mediante la corrupción.

Según identifica Gleizer, el cambio de actitud frente a un grupo y al otro radica en factores políticos e ideológicos. Para entender los primeros hay que recuperar el hecho de que la nación mexicana había desarrollado una relación cercana con los republicanos españoles. Cuando se desató la guerra civil entre éstos y los socialistas, Cárdenas apoyó otorgando armamento, permitió que se instaurara en suelo mexicano el Comité Iberoamericano de Ayuda al Pueblo Español, además de que acordó proteger a los republicanos españoles —pese a que muchos de su gabinete se opusieron, entre ellos el secretario de gobernación García Téllez—, en caso de que no salieran victoriosos del conflicto.

Desafortunadamente ante los ojos del gobierno de Cárdenas, el exilio judío era ajeno a los intereses de la nación mexicana por lo que cuando el país fue invitado a participar en los esfuerzos internacionales para tratar la problemática de aquellos que buscaban salir de Alemania, éste optó por una política de distanciamiento y de no

³ En aquella época no existía la posibilidad de tener la doble nacionalidad en México. Los inmigrantes extranjeros debían renunciar a su nacionalidad de origen para obtener la mexicana.

intervención; no era un asunto que le correspondiera a México resolver, sino más bien a las naciones europeas.

Pese a lo anterior, en 1938, aceptó la invitación del presidente Roosevelt y asistió a la Conferencia de Evian; su finalidad no era la de brindar apoyo en la problemática judía sino más bien en disminuir la tensión que había surgido tras la reciente nacionalización del petróleo mexicano. A diferencia de lo que se esperaba de la Conferencia de Evian — que las potencias presionaran a los países latinoamericanos para que acogieran refugiados—, se percataron que había un consenso general y nadie estaba dispuesto a abrir sus puertas al exilio judío (Gleizer, 2019).

Con respecto a los factores ideológicos, en México se asentaron ciertos ideales raciales que buscaban proteger y preservar “el mestizaje mexicano” por lo que para evitar que influencias extrañas lo contaminaran surgieron, como mencionamos con anterioridad, requisitos que permitían clasificar a inmigrantes extranjeros en deseables y no deseables, asimilables y no asimilables. En la década de los treinta se llegó a la conclusión que la población española no sólo era la más ideal para integrarse a la mexicana, sino que, según recuperó Gleizer, Cárdenas llegó a mencionar que, dado que los mexicanos descendíamos de los españoles, el país no podía encontrar candidato más apropiado.

Algunas de las razones por las que los judíos fueron considerados extranjeros indeseables y no asimilables fueron estereotipos que les habían sido impuestos —entre los que se encontraban características psicológicas y morales negativas—, pero específicamente, el antisemitismo existente entre los funcionarios públicos fue lo que impulsó el cambio en las políticas migratorias del país.

Con el paso del tiempo las restricciones y las diferencias marcadas entre inmigrantes españoles y judíos se fueron desdibujando a tal grado que México comenzó a ser concebido como un país de puertas abiertas a la inmigración extranjera sin hacer distinción de nacionalidades, etnias o posturas políticas. Gleizer (2019) afirma que este episodio nos permite observar cómo mientras la memoria del exilio español continúa siendo conmemorada hasta nuestros días, aquella referente al exilio judío ha sido borrada incluso dentro de la comunidad judío–mexicana, cuestión que califica como normal dado

que la historia de ésta se construyó a partir de los recuerdos de las personas que sí lograron entrar a México —quienes se sienten agradecidas ante ese gesto del país—, no obstante, esta memoria dejó fuera a muchos refugiados judíos que tan sólo contemplaron tierras mexicanas desde lejos y fueron obligados a regresar a Europa o desviarse a otros países.

La comunidad en tiempos de posguerra

En la década de los cuarenta la situación de la comunidad cambió, ésta comenzó a prosperar y la relación que sostenía con la sociedad receptora mejoró. Al mismo tiempo, el Comité de Damas emergió como una beneficencia que, en colaboración con las autoridades, desempeñó labores y prestó sus servicios para el bienestar de la comunidad. Finalmente, al término de la Segunda Guerra Mundial y tras el establecimiento en 1948 del Estado de Israel en Palestina, la comunidad judía de Guadalajara celebró la ocasión con una cena de gala en la casa que tenían en Maestranza. Además, gracias a la amistad que habían establecido con el general García Barragán, se realizó el primer saludo a la bandera israelí en el cuartel colorado previo a la independencia del país.

Tras el establecimiento del Estado de Israel, la comunidad judía se identificaba con tres patrias, es decir, se sentía perteneciente a tres lugares: su país de origen, México e Israel. No obstante, conforme ha pasado el tiempo, este último se ha convertido más que en una patria en un polo de identidad, de pertenencia étnica, religiosa y cultural.

Entre 1946 y 1950 el país recibió sobrevivientes de la guerra. Según el estudio de Gojman y colaboradores (1955), ingresaron grupos pequeños, familias e individuos que provenían de Persia, España, Suiza y Portugal —muchos otros, tanto residentes en México como en otras partes del mundo, optaron por reubicarse en el recién fundado estado israelita. Así, a partir de la década de los cincuenta el flujo migratorio disminuyó a tal grado que tan sólo se contabilizó el arribo de cuatro familias de refugiados judíos originarias de Rumania y Cuba.

Entre los registros que recuperaron Gojman y sus colaboradores (1955) para el estudio que realizaron, elaboraron una tabla —la cual se muestra a continuación— en la que se identifica la cantidad de inmigrantes que ingresaron al país según la nacionalidad de origen. De éstas podemos señalar que la comunidad ashkenazi se conformó principalmente de polacos (3,967), rusos (1,517) y alemanes (979).

Tabla 2.
Proporción de entrada de judíos ashkenazitas por nacionalidad 1900-1950

Nacionalidad	Núm.	%
Rumanos	6	0.075
Holandeses	16	0.2
Suizos	24	0.3
Belgas	40	0.5
Austriacos	118	1.48
Checos	165	2.06
Franceses	229	2.86
Húngaros	287	3.59
Lituanos	592	7.41
Alemanes	979	12.25
Rusos	1,517	19.65
Polacos	3,967	49.62
Total	7,994	100.00

Proporción de entrada de judíos ashkenazitas por nacionalidad 1900-1950. Fuente: Gojman y Col., 1995.

En 1950 la comunidad ashkenazi abrió la primera escuela, el Colegio Yiddish, al cual los niños sefaradíes no podían asistir, debido a que no hablaban el idioma, por lo que éstos últimos tuvieron que recibir su educación en colegios católicos. Transcurrido un tiempo, la escuela ashkenazi se transformó en el Colegio Israelita, donde se impartieron los conocimientos en hebreo —y español—, la enseñanza de la Torá y se integró al sector sefaradí. Cuatro años después, el centro sefaradí inauguró el Deportivo Macabi, que fue el primer local comunitario en Américas y López Mateos.

Debido a que ambas comunidades, ashkenazi y sefaradí, eran pequeñas, los integrantes se vieron en la necesidad de concretar matrimonios mixtos con la finalidad de que la comunidad judía no desapareciera. Diez años después, en 1961, ambos grupos

terminaron fusionándose, conformando la Comunidad Israelita de Guadalajara, cuya fundación oficial quedó registrada en 1972. Precisamente en los años sesenta, la comunidad judía se vinculó con el Seminario Rabínico de Latinoamérica, cuya sede se ubica en Argentina, con el objetivo no sólo de recibir el primer libro de rezo para ambos grupos, sino también la presencia de un rabino, quien, tras arribar a tierras mexicanas alrededor de 1974, propició y dirigió la integración religiosa entre ashkenazis y sefaradíes.

Foto 7. Primer colegio judío de Guadalajara fundado en 1951.



Fuente: archivo fotográfico museo Moreshetyona.

Entre las décadas de los ochenta y noventa la comunidad tenía registrados alrededor de 900 miembros y contaba con 178 familias residiendo en Guadalajara. Sin embargo, esta cifra comenzó a descender a partir del año 2000, cuando una parte de los integrantes decidieron adoptar el rito ortodoxo lo que provocó no sólo la ruptura de la comunidad sino también la división de algunas familias. Finalmente, en 2003 se creó la Comunidad Hebrea de Guadalajara.

1.4. Contexto actual

La comunidad judía de Guadalajara no sólo es producto del flujo migratorio acaecido desde la época del Porfiriato, sino principalmente del esfuerzo constante y la resiliencia en cada uno de sus integrantes para que ésta continúe creciendo, transmitiendo su historia y valores a las nuevas generaciones y, sobre todo, que siga siendo fuerza y motor en el crecimiento y desarrollo de la sociedad tapatía.

Según un artículo de la *Tribuna Israelita* (s.f.) los miembros de la comunidad israelita actual cuentan con servicios religiosos, sociales, culturales, educativos, de asistencia social, de conciliación y arbitraje, entre muchos otros. Además, tienen una amplia red de medios periodísticos digitales, así como revistas, que comparten y reflejan la ideología tanto de las comunidades como de las instituciones.

En 1938 se creó el Comité Central que tenía por finalidad defender a los judíos refugiados, así como hacer frente a las persecuciones que muchos de éstos vivían en Europa. Actualmente esta institución representa a toda la comunidad judía de México y una de sus principales funciones implica ser un punto de conexión con las autoridades federales, estatales y municipales, así como con las fuerzas políticas y sociales del país.

Foto 8. Sinagoga construida a principios de la década de los setenta.



Fuente: archivo fotográfico museo Moreshet.

Además de participar de manera activa en la agenda nacional, el Comité también se desenvuelve en áreas relacionadas con la seguridad, los derechos humanos, el combate a la discriminación, el impulso del trabajo social, entre otras que buscan actuar en favor de los más necesitados. Para complementar lo anterior, este comité es parte del Congreso Judío Mundial en el que no sólo trabaja de la mano en temas de interés bilateral con otras instituciones judías —como la American Jewish Committee y Anti-Defamation League, ambas con sede en Estados Unidos—, sino que también mantiene relaciones cercanas con las instituciones y comunidades judías alrededor del mundo, especialmente aquellas que están ubicadas en suelo estadounidense, latinoamericano e israelí.

En cuestiones del tamaño de la comunidad, según un artículo de la *Gaceta UdeG*, en el 2013 existían alrededor de 500 judíos en Guadalajara. Al ser una comunidad pequeña, gran parte de sus integrantes han optado por trasladarse, a lo largo de los años, a otras ciudades del país, como a la Ciudad de México. Entre algunas de las razones por las que muchas familias han cambiado de residencia se encuentran la búsqueda de escuelas judías para la educación de sus hijos, dado que el Colegio Israelita de Guadalajara cerró sus puertas en el 2011 por falta de estudiantes. También se identifica el deseo de estas familias de formar parte y desenvolverse en una comunidad judía con mayor número de miembros, y finalmente, la búsqueda de ciudades donde puedan encontrar mejores oportunidades laborales, de crecimiento y desarrollo económico.

Marc Mohel, un judío nacido en Guadalajara, comentó para la *Gaceta* que, al ser México un país centralista, la primera opción como punto de llegada no es la ciudad tapatía sino la capital. No obstante, nuestro país ya no representa una opción tan atractiva para el desarrollo de familias judías, ni es económicamente viable según Mohel, como alguna vez lo fue (*Gaceta UdeG*, 2013) por lo que no es de extrañar que hoy en día las inmigraciones judías hayan decrecido.

Enlace Judío (2021) recupera un censo realizado en el 2020 por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) en el que se registró que en México habitan un total de 58 mil 876 personas que se adscriben al judaísmo, cifra que disminuyó con respecto a la década del 2010 en la que se contabilizaron 67 mil 476 judíos. Así, la comunidad judía mexicana actual está principalmente concentrada en el Estado de

México (21 mil 685 integrantes) y en la capital, es decir, la Ciudad de México (17 mil 981 miembros). En el caso del estado de Jalisco, éste ocupa el quinto lugar en la lista de los estados con mayor número de población judía con un registro de 1,654 integrantes.

Desafortunadamente, Guadalajara también ha sido hogar de prácticas antisemitas; durante la década de los cincuenta se les prohibió la entrada a diversos lugares públicos y sociales, además de que, como recupera Jean Meyer en su libro *La fábula del crimen ritual: el antisemitismo europeo, 1880–1914* (2012), se tenía la creencia mítica, sobre todo entre los miembros de la Iglesia católica, de que los judíos tenían cuernos y cola.

En los últimos años la comunidad judía ha sido víctima de diversas agresiones, entre las que se identifican las “pintas” en sus instituciones o la profanación de su panteón en varias ocasiones. A raíz de estos actos, los integrantes de la comunidad decidieron resguardar sus lugares e instituciones con la vigilancia de guardias de seguridad.

A pesar de que tras el Concilio Vaticano II comenzó a esparcirse entre los tapatíos cierta tolerancia en torno a los integrantes de la comunidad judía, la investigadora Cristina Gutiérrez menciona que México tiene cierta relación tabú al no querer reconocer el rechazo que ha practicado en torno a ciertas comunidades, entre ellas la judía. También menciona que pareciera que la ciudad tapatía buscara presentarse como un lugar de tolerancia hacia otras culturas o religiones, cuando realmente es todo lo contrario. Y el hecho de que la comunidad judía se haya pronunciado en torno a estos actos de antisemitismo de manera tardía evidencia esta problemática histórica con la que México ha cargado desde años y años atrás (Gaceta UdeG, 2013).

El museo Moreshet y la conmemoración de 100 años de historia

El pasado primero de junio del año en curso la Comunidad Israelita de Guadalajara inauguró el museo Moreshet en honor de Alberto Sustiel Marón y Raquel Varón de Sustiel. La realización del proyecto busca conmemorar los cien años de historia y presencia de la comunidad en la ciudad tapatía.

A la inauguración asistieron personalidades como Pablo Lemus, el presidente municipal de Guadalajara; Juan José Saade, el presidente municipal de Zapopan; Lourdes Adriana González Pérez, la secretaria de Cultura de Guadalajara; Alberto Romano, el presidente de Tribuna Israelita; Marcos Shemaría, cónsul honorario de Israel en Guadalajara; Ezra Cherem, presidente del Centro de Documentación e Investigación Judía de México (CDIJUM); Ari Ontiveros Nando, el presidente en curso de la Comunidad Israelita de Guadalajara; Fanny Mizrahí de Sades, la representante del proyecto Moreshet, además de un gran número de integrantes de la comunidad.

En su discurso de bienvenida, Ari Ontiveros agradeció a la ciudad de Guadalajara por haberlos acogido cien años atrás y haberles permitido que echaran raíces practicando el judaísmo sin restricciones. Aunado a esto, reconoció el esfuerzo y trabajo de los miembros del proyecto, quienes dedicaron cinco largos años a la realización tanto del museo como del documental, donde se recupera el legado histórico y cultural de la comunidad.

Tanto Pablo Lemus como Juan José Saade compartieron sus experiencias de amistad y cercanía con miembros de la comunidad; Lemus cursó sus primeros años en el American School en compañía de varios de éstos, mientras que Saade, quien es de origen libanés, encontró amigos y un segundo hogar al haber sido acogido por la comunidad en una época difícil de su vida. Ambos mencionaron la alegría que sentían de poder compartir aquel momento importante junto a la comunidad y Saade concluyó diciendo que “el mejor regalo que se puede entregar a las generaciones es la historia” (Enlace Judío México, 2023).

Por su parte, Lourdes, la secretaria de Cultura de Guadalajara resaltó la importancia de que cualquier persona que se adentre en los pasillos del museo tiene la responsabilidad de convertirse en emisor y transmitir el mensaje de tolerancia, inclusión y respeto, así como del reconocimiento mutuo.

Marcos Shemaría recordó lo importantes que fueron las comunidades judías que se formaron en la diáspora desde el exilio, ya que no sólo lograron preservar las tradiciones, la identidad, las creencias religiosas, las prácticas culturales, sino que jugaron un papel importante en la fundación y crecimiento del estado israelí, puesto que

éste último se mantuvo, en un inicio, del apoyo económico que le brindaron estas comunidades.

Para Ezra Cherem, el museo Mosheret se alza como un espacio donde convergen el pasado, el presente y el futuro de la comunidad. A su vez, es un símbolo tangible que compromete a sus miembros, sobre todo a las nuevas y futuras generaciones, a involucrarse y conocer la historia de su comunidad, las luchas, experiencias y logros de ésta, sobre todo, a honrar su memoria y dar continuidad a la tradición que por milenios ha sido parte de quienes son.

Para cerrar la ceremonia discursiva e introductoria, Fanny Mizrahí, en representación del equipo Moreshet, agradeció la presencia de los asistentes a la inauguración, así como a la colaboración de cada una de las personas que se involucraron en el proceso de creación y desarrollo tanto del museo como del documental. Posteriormente, se proyectó un fragmento de este último, para finalmente concluir el evento con la apertura de las salas y algunos recorridos guiados.

2. Desarrollo

2.1. Sustento teórico y metodológico

Entre las principales fuentes que alimentan esta investigación se encuentra el libro de Alfonso Toro, *Los judíos en la Nueva España: documentos del siglo XVI, correspondientes al ramo de Inquisición* (1982), donde el autor hace un recorrido histórico que abarca el establecimiento de los judíos en España, las persecuciones a las que se enfrentaron en distintas épocas, la vida durante el mandato de los Reyes Católicos, su expulsión de España, además de su establecimiento en el Nuevo Mundo, donde tras ser perseguidos por la Inquisición, la primera comunidad judía terminó asimilándose —y desapareciendo— a la sociedad colonial.

Para complementar la fuente anterior, el artículo de José Navarro, “Los judíos secretos en México siglos XVII–XVIII” (2017), permitió conocer la situación de los judíos portugueses que, en ciertos aspectos es similar a aquella de los que residieron en España

dado que también fueron expulsados de Portugal, no obstante Navarro profundiza en la cuestión de los criptojudíos que se trasladaron a la Nueva España y cómo la práctica secreta de su fe, así como las relaciones que establecieron con comunidades judías no sólo en otras partes de la Nueva España sino también de Europa, fueron un acto de resistencia a la opresión ejercida por las autoridades inquisitoriales.

El artículo “Migración judía. Una entrevista con el Gral. Porfirio Díaz” (2021) de Marcela Martínez recupera la situación política y económica que se vivía al término del gobierno de Porfirio Díaz. El análisis que realiza Martínez no sólo del contexto sino también de una entrevista que John W. de Kay hizo a Porfirio Díaz permite entender las verdaderas razones, es decir, los intereses políticos y económicos por los que el mandatario mexicano abre las puertas a la comunidad judía, invitándolos a formar parte de la fuerza agrícola e industrial del país. Además, las políticas migratorias generadas en este periodo histórico son parte de la antesala que nos permite comprender lo que aconteció en los siguientes gobiernos presidenciales, sobre todo lo referente al endurecimiento en el trato a los inmigrantes judíos.

Así, el trabajo de Daniela Gleizer es fundamental pues recupera, visibiliza y nos invita a conocer aquello que quedó oculto en torno a cuestiones migratorias y de diferenciación racial que ocurrieron en los años del ascenso de Hitler y el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial. En su artículo “Dos exilios, una memoria y un olvido” (2019), compara el trato que el país dio al exilio de los republicanos españoles —además de hacer una breve mención a los intelectuales y perseguidos políticos del nazismo y fascismo— con aquel que fue otorgado a los refugiados judíos que huían del exterminio nazi, el cual se basó en factores políticos e ideológicos. El primero de estos exilios es conmemorado hasta nuestros días, mientras que el segundo ha sido borrado no sólo de la historia sino también de la memoria de la comunidad judeomexicana, especialmente porque ésta se ha construido a partir de las experiencias de aquellos que alcanzaron a desembarcar y establecerse en tierras mexicanas antes del cierre de puertas.

Una fuente que complementa tanto al texto de Martínez como al de Gleizer es el estudio “Judíos ashkenazitas en México: marco histórico y político de su movimiento inmigratorio 1900–1950” que fue realizado en 1995 por Alicia Gojman, Gloria Carreño y

Luis Enrique Hernández para el Centro de Investigación y Documentación de la Kehilá Ashkenazí de México. Además de ser un estudio extensivo que reconstruye la historia de la comunidad ashkenazi desde la salida de sus países de origen hasta su llegada y establecimiento en México, la principal aportación de estos autores fue la exposición de la creación y transformación de las políticas migratorias desde el gobierno de Porfirio Díaz hasta el de Lázaro Cárdenas, es decir, la apertura de puertas al cierre de éstas, así como la recopilación y visualización de datos estadísticos para observar la forma en la que fue decreciendo el flujo migratorio judío a lo largo del periodo ya mencionado.

La última fuente que considero pilar en mi investigación es el trabajo de Cristina Gutiérrez, especialmente el artículo “Comunidad judía de Guadalajara” (1996), que comparte junto a Gloria González. Como el título deja entrever, esta es una investigación enfocada a reconstruir la historia y articulación de dos comunidades —la sefaradita y la ashkenazi—, los obstáculos y discriminación que han enfrentado, entre otras cuestiones que les permitieron constituir la comunidad israelita que en nuestros días habita la ciudad tapatía.

Finalmente, se realizaron una serie de entrevistas que permitieron enriquecer y ampliar la información antes expuesta. Entre las personas con las que pude conversar se encuentran algunos integrantes de la comunidad judía de Guadalajara quienes me compartieron cómo es su participación dentro de ella, algunas experiencias de vida, recuerdos de su infancia, viajes a Israel y los campos de concentración, así como fragmentos de las historias de sus familias, especialmente de los abuelos y bisabuelos que fueron los primeros en pisar tierra mexicana y reconstruir una vida tanto para ellos como para su descendencia.

Resonancias del pasado

Tuve la oportunidad de conocer y platicar con seis integrantes de la comunidad judeomexicana. Uno de ellos es originario de Torreón, Coahuila; otros tres son tapatíos, aunque uno de éstos tiene pocos años de haberse reubicado en la capital del país;

finalmente, dos de los entrevistados provienen de la Ciudad de México, pero actualmente residen con su familia en el Área Metropolitana de Guadalajara.

Cada uno me permitió conocer no sólo una parte de quiénes son, sino que también me invitaron a adentrarme en sus memorias familiares, aquellas que les fueron heredadas por sus bisabuelos, abuelos y padres, y que hoy se han convertido en valiosos recuerdos que atesoran con cariño, tanto ellos como el resto de la comunidad, pues gracias a los esfuerzos de estos inmigrantes la comunidad continúa presente y activa, aportando a la sociedad mexicana.

Así, a través de experiencias de vida, sentires, viajes y anécdotas, conocí a Pablo, Rogelio, Yonatan, Jaime, Silvia y Rebeca, quienes son las resonancias de aquellos primeros inmigrantes judíos que llegaron a México en busca de una mejor vida. Ellos son los ecos de aquellas memorias rescatadas, las cuales ilustran y nos permiten entender cómo surgió la comunidad judía mexicana, sobre todo, tapatía.

Pablo Quiroz

Pablo Quiroz Quezada, judío y tapatío de nacimiento, es un miembro activo y comprometido con la comunidad israelita de Guadalajara, comunidad que, a lo largo de varios años, lo ha visto crecer.

Tras cursar la carrera de Relaciones Internacionales en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), Pablo salió a conocer el mundo, o al menos una parte de éste, dado que radicó en Alemania por un tiempo. A su regreso a tierras mexicanas, surgió la oportunidad de que incursionara en los medios de comunicación, así fue como participó, primeramente, en la radio y luego como corresponsal para el medio *Diario Judío*, en el que continúa colaborando hoy en día.

Aunado a su labor mediática, trabaja en la Universidad Marista como docente, donde a su vez es responsable de la Oficina de Internacionalización, del centro de idiomas y de proyectos académicos internacionales.

Pablo fue mi primer acercamiento a la comunidad judía del AMG, además de haber sido el primer integrante de la misma con el que pude platicar y que, durante nuestra conversación, me abrió las puertas para conocer parte de su historia.

Nociones del origen y una decisión de fe

Pese a no tener grandes certezas con respecto al trasfondo de su familia, Pablo me compartió que, entre aquellos retazos de información que sí conocen, saben que los primeros integrantes en llegar a México eran originarios de Europa del este y que, para trasladarse a América tomaron la decisión de cambiarse el apellido, además de renunciar a ser jasídicos.

Según las historias del bisabuelo de Pablo, así como las teorías que han elaborado algunos miembros de la familia a partir de los relatos de éste, fue alrededor de la década de los veinte, antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, que el bisabuelo de Pablo arribó inicialmente a tierras peruanas, y después de un tiempo se trasladó a México, donde terminó por asentarse y construir su hogar.

Con base en lo que me comentó Pablo, la familia Quiroz Quezada realmente no practica el judaísmo en cuestiones religiosas. Pablo recuerda una época de rebeldía durante su adolescencia, justo al finalizar la preparatoria, en la que optó por alejarse de su fe, “No quiero más religión, detesto la religión, forma controladora de ser”, pensaba en aquel entonces. No obstante, después de un periodo, sus padres hablaron con él y le pidieron que al menos escogiera algo en que creer, “no te quedes sin una creencia, una fe”, le dijeron.

Tras darse sus “vueltas por todos lados” Pablo se acercó nuevamente a la práctica religiosa y aceptó quién era, “soy lo que soy, soy una persona de origen judío y creo que el hecho de tener tradiciones, fiestas, es por algo ¿no?” A esto añadió que el hecho de haber crecido dentro de la comunidad israelita y que nadie lo juzga o cuestiona por creer en algo o no, lo hace sentirse cómodo y libre de ser quien es.

Años en Alemania

Al finalizar sus estudios universitarios Pablo se fue a vivir al extranjero. A pesar de que el viaje no formaba parte de sus planes, una de sus amigas —de nacionalidad alemana y a quien conoció mientras estudiaba en ITESO—, al ver que Pablo no tenía idea de qué hacer después de graduarse lo invitó a su país.

En un principio, no estaba seguro de trasladarse a Alemania, pero como conocía un poco el idioma y su amiga había prometido ayudarlo, decidió irse. A pesar de que solicitó la visa por un periodo de tres meses, alargó su estancia y no regresó a México después de dos años de haber vivido en tierras alemanas. Antes de que pudiera comentarle algo, se apresuró a decirme que todo lo había realizado de manera legal; había renovado su visa continuamente, e incluso, después de un tiempo logró obtener un permiso de trabajo.

Foto 9. Pablo (izquierda) en un rezo durante la fiesta de Jánuca antes de prender una de las velas de la menorá. Münster, Alemania (2011).



Fuente: fotografía compartida por Pablo.

Durante su primer año residió en la ciudad de Münster, muy cerca de Holanda. Transcurrido un tiempo, se reubicó en la ciudad de Frankfurt pues logró conseguir un trabajo como practicante en el Consejo de Promoción Turística de México (CPTM) para Europa Central, el cual le resultó una experiencia interesante.

A lo largo de su estancia en Alemania tuvo la oportunidad de visitar no sólo museos acerca del Holocausto, sino también algunos campos de concentración, entre ellos Auschwitz. “Yo creo profundamente que Alemania no puede ser Alemania sin la historia judía, y la historia judía no puede ser la misma sin Alemania”, fueron sus palabras.

Aunado a esto, me compartió que su tiempo allá le permitió descubrir otros aspectos acerca de la historia de la comunidad judía que van más allá de lo que ocurrió en el Holocausto, pero que quizás no son tan conocidos o recordados como éste. “Insisto, el Holocausto es muy muy, pero muy importante, pero me tocó ir a un lugar que recientemente hicieron Patrimonio de la Humanidad por parte de la UNESCO..., es la primera sinagoga en toda Alemania.” Pese a que no recuerda de qué año es, considera que podría tener alrededor de mil años de existencia dado que se trata de un edificio judío de la época medieval que se encuentra en la ciudad de Erfurt.

El amor por la radio, una herencia familiar

La incursión de Pablo en los medios de comunicación se la debe al trabajo que realizaron sus padres. Éstos se conocieron mientras trabajaban en Promomedios Radio, una emisora que en la actualidad cuenta con más de 40 años al aire.

Pablo recuerda que, desde muy temprana edad, siempre le gustó acompañar a su padre a la radio, y pese a que éste se desenvolvía principalmente en cuestiones comerciales, también disfrutaba de la locución. Así, cuando Pablo tenía entre 15 y 16 años, época en la que era un fanático del fútbol, le pidió a su papá, hasta el cansancio, que lo llevara a ver al Atlas. Por respuesta, su padre hizo que lo acompañara a una oficina vecina donde se encontraba el encargado de la estación emisora de deportes, a quien le dijo, “Que quiere ver al Atlas cada fin de semana, ponlo a trabajar”. Y ese fue el inicio de sus tres años como parte del equipo de Promomedios Radio, donde principalmente se

desarrolló en el área de producción, fue ayudante, montacargas, responsable de la organización del servicio de catering para los locutores, entre otras cuestiones.

Años después, para finalizar su periodo universitario inscribió Medios de Comunicación y Relaciones Internacionales, un Proyecto de Aplicación Profesional (PAP) en el que también tuvo oportunidad de participar en diversas emisiones. Al finalizar la carrera, formó parte del equipo de Itópica, lo que en aquel entonces fue la radio virtual del ITESO. Al mismo tiempo, trabajó haciendo horas de práctica en Máxima FM con Alejandro Tavares, y gracias a esto consiguió en varias ocasiones boletos de conciertos de distintas bandas de rock que le gustaban, entre ellas Oasis.

Durante su tiempo en Alemania la vida en la radio tomó una breve pausa, pero dos años después de haber regresado a México su papá consiguió la gerencia de Radio Fórmula, así que lo invitó a trabajar con él. Debido a que sabía que Pablo tenía experiencia en esa área, le pidió que lo ayudara, así fue como volvieron a trabajar juntos por un tiempo. Posteriormente, el padre de Pablo abandonó la emisora y se reubicó en la Ciudad de México. Poco después, él también dejó de trabajar ahí.

Su última participación en el medio fue con un informativo en Mega Radio, en el que llegó a elaborar comentarios y opiniones en torno a temas internacionales. No obstante, debido a que su trabajo no era realmente valorado, comenzó a buscar nuevas oportunidades laborales. “No es tanto como por una cuestión tan exageradamente lucrativa, pero sí es como de *oye, mi trabajo me cuesta, también me dices un día antes que vaya a la cabina y te grabe un audio de análisis, pero tú no sabes que ese minuto de análisis involucra estar al día, contextualizar, y abordar el tema de una manera que sea digerible para cualquier persona.*”

Aunque Pablo extraña la radio, dado que es un medio que le encanta, no se le ha vuelto a presentar una oportunidad que le permita reincorporarse al medio, además de que le respete su espacio para continuar colaborando con *Diario Judío*.

Pablo y su historia con *Diario Judío*

En el 2015 Pablo se puso en contacto con Isaac Ajzen, director del medio *Diario Judío*, con la finalidad de pedirle que le permitiera cubrir la Feria Internacional del Libro (FIL) para el diario. Pablo le compartió que había trabajado en diferentes medios de comunicación en Guadalajara y eso le había permitido adquirir cierta experiencia. Además, le aseguró que después de que Israel fuera el invitado de honor de la FIL en el 2013, podrían esperar en los años subsecuentes la visita de otros paisanos, no únicamente israelíes sino de otros lugares tanto de la República Mexicana como del resto del mundo, y Pablo estaría encantado de cubrir los eventos que le permitieran.

Así, en la edición 2022 de la Feria Internacional del Libro, asistió a la presentación del libro de Enrique Krauze —un historiador, ensayista, editor e intelectual judeomexicano— que en esa ocasión dio a conocer su más reciente publicación, *Spinoza en el Parque México*. A pesar de no ser un gran fanático de Krauze, me confesó que la cobertura del evento fue en parte por el hecho de que el libro le parecía interesante, dado que la temática giraba alrededor de un filósofo judío.

Foto 10. Pablo (izquierda) junto a Pepe Gordon (derecha) en la FIL del 2022.



Fuente: fotografía compartida por Pablo.

Aunado a esto me compartió que en cada edición de la FIL siempre hay algo nuevo que lo sorprende, a excepción de lo que ocurrió durante la pandemia, ya que la experiencia de los eventos en la virtualidad no logró transmitir “la misma vibra” que cuando eran presenciales. Y es que, el ser corresponsal de *Diario Judío* le ha permitido descubrir temáticas y aspectos que desconocía, que no necesariamente están relacionados con el judaísmo, la cultura o la religión, sino que van más allá dando a conocer las áreas en las que se desenvuelven muchos miembros de la comunidad judía aportando, desde sus trincheras profesionales, al desarrollo, crecimiento y bienestar de la sociedad mexicana.

Foto 11. Pablo junto al Mtro. Mardoqueo Staropolsky Nowalski en la presentación de su libro *Presencia judía en el exilio español en México*, FIL 2021.



Fuente: fotografía compartida por Pablo.

Dos ediciones pasadas de la FIL, Pablo conoció a Tamara Tenenbaum, una filósofa, escritora y periodista judeoargentina que presentó su libro *El fin del amor. Querer y coger en el siglo XXI*. Tras el evento, Pablo publicó un artículo sobre ella y la reacción

de los lectores del diario le pareció interesante, especialmente por la polémica que surgió en torno a la temática del libro. Muchos de los lectores —ya fuesen religiosos o no, judíos, cristianos o evangélicos que siguen las publicaciones— consideraron inapropiado que se prestara un espacio para difundir aquello que aborda Tenenbaum, sobre todo por ser un tema tabú. Pablo me comentó que él considera importante que se otorgue no sólo un espacio sino también voz a aquellas personas judías que se salen de hablar de los temas con los que usualmente se asocia a la comunidad, como lo es el Holocausto; para él es muy importante recordar la historia para no repetirla, pero también conocer el valor humano, y reconocer el valor en la diversidad de cada uno de los miembros que forman parte de la comunidad y que son tan distintos unos de otros.

Fuera de los eventos de la Feria Internacional del Libro, Pablo también ha tenido la oportunidad de entrevistar a otros personajes importantes ya sean integrantes de la embajada de Israel, grupos artísticos israelíes —como un mariachi que no sólo se presentó el año pasado en el Festival del Mariachi y la Charrería, sino que también participó en un evento que realizó la comunidad en el que se invitaron a personalidades especiales—, gente que participa en el medio del espectáculo, la crítica de la farándula, entre muchos otros más. Y algo que disfruta es que, más allá de entrevistarlas y escribir una nota sobre ellas, le es muy grato conocerlas en su modo más humano, sobre todo cuando coinciden en el club, alguna festividad de la comunidad, una ceremonia matrimonial, algún bar mitzvá, etc.

También, me compartió que durante la pandemia surgió un proyecto colaborativo muy interesante con la radio judía de Argentina, Radio JAI, la cual otorgaba, cada semana, un espacio al aire para *Diario Judío*, otro día era para algún medio judío de Costa Rica, Perú o Chile. Entre las temáticas que llegaron a abordar se encontraba la cobertura actualizada del covid-19, que en aquel momento era de gran interés para las personas que querían estar informadas. Así, uno de los invitados al programa fue un doctor judeomexicano que trabajaba en un hospital de Los Ángeles, California, y seguía muy de cerca el desenvolvimiento de la pandemia.

Otro de los eventos que cubrió para el diario fue la conmemoración de los 75 años de relaciones diplomáticas entre México e Israel. Previo al evento me compartió que se

realizó una colaboración entre una banda de ritmos latinos judeomexicana con una banda de ritmos latinos israelí. Tras entrevistarlos, Pablo descubrió que las grabaciones las habían realizado de forma virtual; grabaron el sencillo y luego el video musical. Tiempo después, en la inauguración del evento de los 75 años, invitaron al grupo israelí, “fue un eventazo, pusieron a bailar hasta a Xóchitl Gálvez. Estuvo muy interesante (...) Primero fue en el World Trade Center, ahí fue el tema protocolario y ya después nos pasaron al GWTC Center para lo que fue el concierto”.

Su participación en la comunidad

Tras preguntarle las razones por las que es un miembro activo y participe de la vida y los eventos de la comunidad, Pablo me contestó lo siguiente, “La necesidad de, bueno no es necesidad, es gusto por ser parte de, (...) es una comunidad que la queremos ver bien, que la queremos ver brillar, nos gusta estar ahí”.

También me compartió, al menos de manera implícita, lo mucho que disfruta vivir en comunidad, pero sobre todo el *hacer comunidad* junto a otros. Pese a que no conoce a todos sus integrantes, se alegra cuando se reencuentra con aquellos que tiene tiempo de no ver, sobre todo con los que residen en la Ciudad de México; es más común que los judíos de la comunidad de Guadalajara establezcan y compartan lazos más cercanos con aquellos que se encuentran establecidos en la capital del país.

“Y sabes qué, a final de cuentas, cuando vas a una comunidad judía siempre te ayuda a integrarte a la sociedad también”, como le pasó cuando estuvo viviendo en Alemania; sin importar las diferencias que existieran entre los judíos rusos, ucranianos y él (siendo un judío mexicano), lo ayudaron y apoyaron en todo momento. “No sé, alguna infección en la garganta y le hablaba a un amigo que era médico y me decía, vente a mi clínica y te atiende”, en sí, a donde sea que vaya, Pablo sabe que cuenta con una red de apoyo precisamente por el sentido de comunidad que existe entre ellos.

Finalmente me confesó que, algo que le gusta de ser judío es el humor que se maneja entre ellos, “un humor que te recuerde que no eres ni mejor ni peor que nadie, sino al contrario, que tus errores son para reírte de ellos...”.

El antisemitismo visto desde los ojos de Pablo

Pablo califica el antisemitismo en México como uno de tono burlesco y que realmente “no trasciende” en su máxima expresión al espacio práctico y público. No obstante, sí mencionó que reconoce la labor que realiza la Central de la Comunidad Judía, especialmente por el hecho de mantener una tolerancia cero ante cualquier actitud o práctica antisemita, además de que está constantemente al pendiente de que éstos no obtengan ningún tipo de promoción ni difusión.

Precisamente este año estaba planificado el concierto de una banda neonazi griega, conocida como Der Stürmer, en la ciudad tapatía. Sin embargo, en cuanto los integrantes de la comunidad se percataron de esto no dudaron en movilizarse, y con el apoyo de los medios de comunicación lograron que el Ayuntamiento de Guadalajara, así como otras autoridades, no les concedieran el permiso para realizarlo. Aun así, el Ayuntamiento puso en marcha un operativo para verificar que no se llevara a cabo el concierto de manera clandestina, cuestión que sí ocurrió en otros lugares, como la Ciudad de México.

Aunado a esto me compartió que sí ha identificado que existen ciertas actitudes, así como posturas antisemitas al interior de espacios académicos. Mientras se encontraba estudiando en el ITESO llegó a escuchar cómo diferentes personas —no especificó si compañeros o maestros— se referían a Israel como una “nación de mal, como los nuevos nazis que matan niños palestinos.” A los ojos de Pablo, la construcción y difusión de esta narrativa tristemente proviene, en la mayoría de las ocasiones, de personas que en su vida han tenido un acercamiento o convivencia con una persona judía, una persona israelí, una persona palestina que vive y trabaja en Israel, o viceversa. “Yo sí creo que ser anti-Israel es ser antisemita, porque en la mayoría de los casos se desconoce lo que es la vida en general del Estado judío, que no únicamente es para judíos, pero en esencia es el Estado judío (...), se desconocen los problemas internos, el contexto de la sociedad israelí, que Estados Unidos no fue el primer país que ayudó a Israel a ser país, y que Israel nació, de hecho, como un país secular y de izquierda.” Pablo complementó lo anterior al comentarme que considera que este antisemitismo

académico está vigente dentro de las aulas a causa de que los maestros continúan replicando las narrativas existentes, en vez de dar espacio al debate y la escucha de otras narrativas que usualmente no se toman en cuenta.

Entonces, ¿cómo romper esa barrera de la otredad, esa separación que muchos aún crean al pensar que la comunidad judía es algo externo a lo mexicano? La respuesta de Pablo a esta pregunta es sencilla y consiste en conocer a las comunidades, adentrarse a descubrir su historia y quiénes son, “me agrada mucho la apertura que está teniendo la comunidad israelita. El hecho de ya tener un museo delegado a los 100 años de la comunidad también es fantástico..., tener un documental. Es algo que vale la pena, y sobre todo que hace ver que la comunidad judía es de lo más mexicana”.

A esto añadió que, a sus ojos, la comunidad judía no es una comunidad extranjera en México y que realmente es muy mexicana “no únicamente por comer tortas ahogadas kosher, de pollo, durante Shabat, sino por lo que es”, es decir, una forma de mexicanidad más allá del hecho de que la gente sea religiosa o no, son mexicanos y mexicanas que participan y están involucradas con el resto de la sociedad. “Es ese sentimiento de, quizás una cuestión de otredad, pero también una cuestión de esta es mi identidad como persona judía, pero esta es mi identidad como persona mexicana. Y una no va en contra de la otra, ni choca una con la otra. Y esto es muy lindo.”

Rogelio Villarreal

Pese a ser originario de Torreón, Rogelio vivió la mayor parte de su vida en la capital mexicana, pues cuando tenía alrededor de tres años, su familia decidió dejar su hogar para buscar mejores oportunidades en la Ciudad de México. Ahí recibió su formación académica desde la primaria hasta la universidad.

Tras un tiempo de haber ingresado a la carrera de Periodismo en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) decidió abandonarla y perseguir otras pasiones, dedicándose así al diseño gráfico, la fotografía, la escritura, la edición independiente y, el periodismo y la promoción cultural (Arlequín, s.f.).

Años más tarde, la vida y el amor lo llevaron a reubicarse en la ciudad tapatía, donde reside actualmente y da clases en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO). Rogelio también ha publicado una amplia colección de libros, ensayos y crónicas, entre los que figuran *Fotografía, arte y publicidad* (1979), *Aspectos de la Fotografía en México* (1981), *Cuarenta y 20* (2000), *El dilema de Bukowski* (2004), *El periodismo cultural en tiempos de la globalifobia* (2006), *Sensacional de contracultura* (2009) y *¿Qué hace usted en un libro como éste?* (2015–2022), entre otros.

Una infancia habitada por historias

Rogelio, el mayor de cinco hermanos, recuerda que su padre solía contarles historias acerca del nordeste mexicano, especialmente sobre Nuevo León, Monterrey, ya que los orígenes de su familia, los Villarreal, se remontan a ese lugar. “Y él nos decía que originalmente veníamos de una familia de judíos conversos, es decir, judíos que se habían convertido antiguamente en España, de manera voluntaria u obligada por la Iglesia y la Inquisición españolas, y que habían aprovechado los viajes de descubrimiento de Colón para salir de España.”

Así, su padre solía relatarles que los Villarreal provenían de una rama de judíos portugueses que habían residido en una villa con ese nombre “Villa Real”, ahora conocida como Ciudad Real en España. Posteriormente y previo a su viaje a América, se reubicaron en la frontera con Portugal, estableciendo un pequeño pueblo al que pusieron por nombre “Vila Real.”

Los Villarreal no llegaron únicamente a la Nueva España, sino que también se asentaron en Perú, Argentina y Venezuela, esto debido a que los conquistadores compartían una serie de viajes y rutas, con diferentes escalas, a lo largo de sus travesías. Tras establecerse y formar pequeñas comunidades, algunas lograban sobrevivir años, siglos, mientras que otras desaparecían al convertirse al catolicismo. “Lo curioso es que conservan, digamos, sin saberlo, muchas comunidades ya católicas, costumbres judías, como prender velas los viernes en la noche, costumbres en la comida, el vocabulario, vestir ropas blancas, o poner piedras blancas en las tumbas. Ese tipo de cuestiones que

son judías, pero que ya se perdió el sentido del origen, se quedan como costumbres más que nada.”

Son estas historias, que habitaron sus primeros años, las que despertaron el interés por investigar más a fondo su historia familiar, por descubrir sus orígenes. No obstante, sería años más tarde cuando comenzaría a desarrollar su proyecto de investigación genealógica.

La familia de Rogelio

Sus padres se conocieron mientras trabajaban en una fábrica mantequera en Torreón, conocida como “La Aceitera”. Tras casarse, se dieron cuenta que no había grandes oportunidades de desarrollo y crecimiento, además de que el padre de Rogelio estaba inconforme con su trabajo, por lo que decidieron mudarse a la Ciudad de México, sin embargo, antes de arribar a su destino final hicieron una breve escala en Durango, donde nació uno de los hermanos de Rogelio.

Foto 12. Rogelio y su padre en un paseo por el centro de la Ciudad de México, 1958.



Fuente: fotografía compartida por Rogelio.

A Ciudad de México llegaron cuando tenía alrededor de tres años de edad, así que tanto a él como a sus hermanos les tocó cursar toda su educación en la capital del país, desde la primaria hasta la universidad. Pese a lo anterior, solían regresar a Torreón con frecuencia con la finalidad de visitar a la familia tanto de su padre como de su madre. Así, los visitaban en vacaciones de Semana Santa, en verano, Navidad o, cuando se presentaba la oportunidad.

Con respecto a la familia de su padre, éste era de origen sefardita, al menos de antecedentes, no obstante, su familia fue parte de aquellas que terminaron asimilándose a la sociedad colonial, convirtiéndose al catolicismo y perdiendo, con el paso del tiempo, sus costumbres, la religión y el idioma. Aun así, Rogelio siempre percibió en su padre una identidad clara y marcada que le transmitió tanto a él como al resto de sus hermanos.

En su casa realmente no se practicaba ninguna religión. A pesar de que ambos padres provenían de familias católicas, la madre de Rogelio no era practicante, mientras que su padre, tras haberse retirado del catolicismo se había vuelto ateo, por lo que en su casa no existía la costumbre de ir a misa, al catecismo, o de practicar alguna creencia.

La educación que recibieron tanto Rogelio como sus hermanos fue muy racionalista, además de comunista, puesto que su padre había sido simpatizante del Partido. Aunado a esto recuerda que, éste tenía la costumbre de regresar a casa con todo tipo de libros y enciclopedias para ellos, por lo que desde muy pequeños leyeron sobre cualquier tema; historia, ciencia, geografía, astronomía, entre muchos más.

Algo curioso que es importante mencionar es que, las historias que solía contarles su padre, así como el hecho de que fuesen descendientes de judíos sefaraditas, no fueron transmitidas de generación en generación, es decir, no llegaron a oídos del padre de Rogelio por los padres o abuelos de éste, sino que más bien surgieron de lecturas que realizó —de varios escritores de Nuevo León que han documentado el origen de los judíos de ese estado— y de conversaciones que sostuvo con muchos de sus amigos de Monterrey y Torreón, entre ellos escritores y periodistas.

Tras estudiar leyes y convertirse en editor, el padre de Rogelio fundó una pequeña editorial. La apertura a este mundo profesional e intelectual le permitió conocer a un gran número de personas, entre ellos, algunos amigos con los que solía platicar de los

orígenes comunes de Nuevo León y cómo muchos de los que habitan este estado son descendientes de judíos sefaraditas, a pesar de que las familias se hayan convertido y hoy en día sean católicas, practicantes y conservadoras.

Rogelio identificaba en su padre lo que comparten muchos judíos, y que yo también he descubierto a lo largo de esta investigación..., esa inquietud por el saber, conocer, tener una mente preguntona, inquieta, curiosa.

Rogelio y sus años en el Partido Comunista

Cuando tenía entre 19 y 20 años Rogelio acudió a las reuniones del Partido Comunista que se sostuvieron en la colonia Roma. Gracias a la influencia ideológica de su padre, así como a varios de sus amigos que eran simpatizantes del Partido, terminó afiliándose al mismo. No obstante, tras cuatro años de haber formado parte de éste, cuando tenía aproximadamente 22 años de edad, decidió salirse.

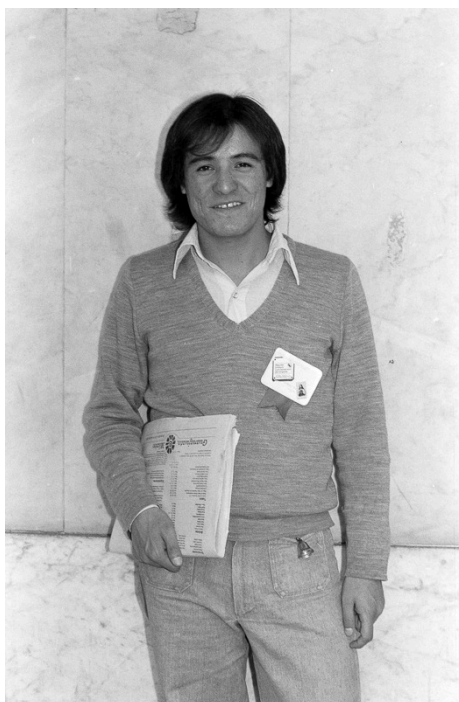
Entre el periodo de su adolescencia y su primera juventud en el que fue miembro en el Partido, conoció a personas muy valiosas con las que formó lazos estrechos de amistad. No obstante, también se percató de que había mucha distorsión, así como ideologización entre los miembros del Partido, por lo que resultó ser algo muy diferente a las expectativas que se había formado del mismo, “no es ésta la idea que yo tengo del comunismo”, fue lo que pensó en aquel entonces.

Rogelio y sus compañeros solían acudir a un seminario para estudiar obras como *El capital* —uno de los libros teóricos más importantes que escribió Marx—, entre otros clásicos del marxismo. Sin embargo, el resto de sus camaradas no lo cursaron, por lo que existía una especie de disparidad entre ellos; dado que el grupo de Rogelio era más cercano al Comité Central del Partido, solían platicar, discutir, escribir para el periódico *Oposición*, además de que hicieron la transición del Antiguo Partido Comunista al Partido Socialista Unificado de México, y sentían “que sí había un nivel intelectual, pero, que no compartían todos los demás.”

Debido a esto último, entre otros factores, comenzó a alejarse. No le gustó percatarse de que para la gran mayoría de sus camaradas la ideología comunista era

como otra religión en la que veneraban a los grandes autores del marxismo, a Marx, Engels, Stalin y Lenin. Eso no era lo que él estaba buscando, no quería un grupo religioso, sino uno intelectual y de discusión, así que concluyó su participación en el Partido e ingresó a la universidad. Decidió convertirse en un periodista “con curiosidad por saber y tratar de desmontar prejuicios, mitos, mentiras”.

Foto 13. Rogelio en el II Coloquio Latinoamericano de Fotografía, 1981.



Fuente: fotografía compartida por Rogelio.

La búsqueda del origen

Desde pequeño Rogelio ha sentido una gran curiosidad por conocer más acerca de sus orígenes, descubrir de dónde viene y quiénes son sus antepasados. Me confesó que cuando inició su investigación y comenzó a leer acerca de la comunidad judía se percató que era una historia llena de complejidad, pero a su vez con explicaciones y raíces muy hondas. Así, su interés no hacía más que crecer y crecer, “me armé de una biblioteca. Tengo ya muchísimos libros sobre esto, sobre el conflicto, sobre los orígenes de los judíos sefarditas”.

Entre la información que logró recabar descubrió que, durante el tiempo de la Inquisición, un gran número de personas con el apellido Villarreal fueron llevados a juicio. Así, con sus hallazgos comenzó a armar un dossier que guarda en su casa “muy amplio, muy gordo. Tengo un folder ahí con cientos de páginas. Y por eso más que nada, de ahí viene el interés”. Poco a poco y cada que tiene tiempo, sigue completando y actualizando su archivo, el cual inició cuando trabajó en la escuela de música de la UNAM. En aquel entonces era el encargado del departamento de publicaciones, “era una chamba muy relajada. Yo tenía que estar revisando los libros, las partituras, los programas, todo eso. Y cuando terminaba, tenía mucho tiempo libre, entonces me dedicaba a navegar, a buscar, a consultar y a imprimir”. Aproximadamente le tomó un año el poder terminarlo. “No fue tan difícil, y a partir de ahí lo que hago es volver a ver algunos sitios y revisar a ver si hay algo nuevo.”

Como el periodista que es, Rogelio me comentó que le gusta involucrarse en discusiones relacionadas con la temática judía dado que ha observado que existe mucha desinformación y prejuicios no únicamente contra Israel sino también contra los judíos, “que son milenarios, desde antes de Cristo hasta épocas muy recientes. Por eso me interesó mucho, como un intento por esclarecerlo”.

Tras el fallecimiento de su padre, Rogelio encontró en internet la página de un personaje llamado Daniel Villarreal, quien descubrió que su origen era judío, pese a ser católico. Rogelio observó la genealogía de Daniel y se percató de que ambos eran de la misma rama, “todos llegaron con Hernán Cortés, con un capitán que se llamaba Diego de Villarreal y desde ahí viene la rama; se van a Oaxaca, luego pasan por Guadalajara, Veracruz, luego van a Nuevo León y allá fundan una familia”. Este evento dio pie a que Rogelio comenzara a seguir la ruta y vida de sus posibles ancestros.

Con lo que ha logrado descubrir, Rogelio ha elaborado suposiciones y teorías de quiénes pudieran ser sus parientes durante la vida colonial en la Nueva España, empezando por la figura de Diego de Villarreal, después de éste sigue el rastro alrededor de tres o cuatro generaciones más, y entonces se pierde, “hay como una especie de hueco que ya no he querido investigar (...), pero digamos, llegan hasta cierto punto, se interrumpe y luego de mi abuelo, mi bisabuelo tengo, y hay un hueco en el medio, como

siglo XVII–XVIII hasta el siglo XIX, que no tengo”. Pese a no contar con información más precisa, dado que no es genealogista, lo está acompañando y apoyando su amiga Katia Schkolnik, a quien le pidió ayuda para encontrar datos sobre sus orígenes, dado que ella se dedica a rastrear la genealogía de integrantes de la comunidad judía que buscan conocer más acerca de su pasado familiar.

Objetos heredados

Rogelio recuerda que su padre tenía una mezuzá, que es un pequeño pergamino con la oración sagrada de Shema Israel (“Escucha, Israel”), el cual se enrolla y guarda en el interior de una cajita. La mezuzá se coloca en el dintel de la puerta y es una costumbre, sobre todo para aquellos judíos religiosos que, al salir de casa, así como cuando regresan a ella, la acarician o besan. Según un artículo de *Enlace Judío* (2018), la mezuzá marca una separación entre el espacio público y el espacio privado, entre el inicio del día y el término de éste, entre el comienzo de la jornada laboral o de las actividades cotidianas y el inicio del descanso y disfrute de la compañía familiar.

Inicialmente, la mezuzá había llegado a manos de su padre como un obsequio de una amiga de éste. Tiempo después, pasó a manos de Rogelio, quien solía conservarla, como una reliquia de valor sentimental hasta que se lo robó una amiga y, desafortunadamente, nunca pudo recuperarlo.

Tenía la intención de colocar la mezuzá en su casa, pero en una ocasión que los visitaron, a Lilián (su pareja) y a él, unos amigos casados y pertenecientes a la comunidad judía, en cuanto la mujer lo vio, lo tomó y le dijo a Rogelio —en broma no tan broma—, “¡Ay, qué padre, me lo voy a quedar!” Y aquel día, Rogelio se despidió de su mezuzá.

Además de esto, también tiene algunas menorás, un candelabro de siete brazos que se utiliza durante la fiesta de Jánuca. La mayoría le fueron obsequiadas por amigos suyos; una de ellas por su vecino de Ciudad de México, otra la compró en un bazar en Tijuana, otra se la trajo de Londres después de que se la regalara un amigo, y la última fue un obsequio de Luis González de Alba, quien, al igual que Rogelio, tenía orígenes sefaraditas.

Entre otros objetos que guarda, se encuentran algunas estrellas de David, pines, así como cadenas con el emblema de la estrella de David —que utiliza en ocasiones—. Finalmente, tiene una kipá que le regaló Pedro Meyer en una ocasión que éste invitó a Rogelio a su casa para la celebración de Jánuca.

Ser judío desde la experiencia de vida de Rogelio

“Es parte de la humanidad, inevitable y afortunadamente. Y es una parte que puede ser considerada como una especie de consciencia.” Rogelio rescata que, desde los tiempos de antaño, en la época de Moisés, los judíos se cuidaban unos a otros con la finalidad de perdurar en el tiempo y en las siguientes generaciones, además, el hecho de que fueran odiados y aislados en las sociedades en las que vivían también los obligó a adaptarse, cuidarse y sobrevivir en y siendo comuna.

Posteriormente, comenzaron a desarrollar conocimiento, cultura, investigación, “no es que sean especiales o una raza superior, simplemente a eso los orillaron, a estudiar, a refugiarse, a aprender, a comprender el mundo (...) A eso se dedican, los obligaron a pensar”. Rogelio me dijo que los estereotipos y prejuicios con los que fueron señalados de alguna forma se convirtieron en una ventaja para ellos, ayudándolos a enfrentar la discriminación, el racismo, la violencia, las persecuciones, el aislamiento en guetos, entre otras circunstancias a las que se han visto expuestos.

No obstante, en un plano personal, Rogelio me compartió que siente una especie de pertenencia a un grupo de ser humano que no debe desaparecer, dado que le hace bien a la humanidad, que interactúa, que aprende, que enseña y que es parte importante de una manera de *ser* humano. Para Rogelio, la forma en la que los judíos entienden, comprenden y aportan al mundo le parece muy interesante y valiosa.

Años atrás tuvo la oportunidad de conocer a una sobreviviente de un campo de concentración, y en una ocasión que estaba conversando con ella, ésta le enseñó su número tatuado y le platicó que habían tenido una vida muy difícil dentro de los campos. A veces comían pasta de dientes, pan duro, una galletita, en una ocasión una rata, llegaron a beber agua sucia, orines..., y estas experiencias de vida, el conocer a más

personas de la comunidad, escuchar sus testimonios, descubrir sus historias, han sido experiencias que lo han acercado cada vez más y más a esa identidad que, de alguna forma, también vive en él.

Cuauhtémoc “Yonatan” Vite

Yonatan, anteriormente conocido como Cuauhtémoc, es un judío converso originario de Guadalajara que actualmente reside en la Ciudad de México. Su infancia se desarrolló al interior de un hogar comunista, donde su padre, a quien describió como “nuestro pequeño Stalin”, era masón y ecléctico, entregado a la filosofía y que, tiempo atrás quiso llevarse a la familia a vivir a Cuba.

Yonatan recuerda que recibían por correo todo tipo de periódicos cubanos, como *Granma*, *Bohemia*, entre otros. También me compartió que tenían prohibido decir frases como “si Dios quiere”, debido a que no sólo era considerada una mala frase, sino que su padre los veía con “ojitos de *qué te traes, qué te pasa*”. Así, para su padre, la razón y los hechos “reales” eran lo primordial, la base. Muy probablemente fue por lo anterior que, en la casa de Yonatan, su padre procuraba alimentar una pequeña biblioteca de la que tanto Yonatan como el resto de sus hermanos podían tomar el libro que quisieran leer y así nutrir su intelecto.

Por el contrario, su madre creció en un hogar católico, pero al casarse con su padre, tuvo que “dejar eso por la paz” para evitar que surgieran problemas entre ambos. Esa fue su niñez, al lado de una madre que, pese a no ser espiritista, tenía contacto con lo irracional, y de un padre que, al ser mecánico de suelos “no podía decir *es que yo creo que esto va a funcionar*, o funcionaba o no funcionaba”.

En una ocasión en la que se encontraba en la escuela, Yonatan recuerda que, en una de sus clases de moral, le preguntaron cuál era la religión que practicaba. Y cuando les dijo que era comunista, “se les pararon los pelos y casi me corren de ahí”.

Lo curioso es que, al haberse encontrado entre dos posturas y cosmovisiones tan distintas, llegó un momento en su vida en el que surgió algo en su interior que lo llevó a buscar aquello que le hacía falta. “El cerebro es racional, pero la mente puede no serlo.”

Así, su búsqueda derivó en encontrar la unión de esos dos aspectos que conocía, lo racional con lo irracional. En consecuencia, inició su largo proceso de conversión hasta encontrar el judaísmo, especialmente el *shalom*, que para Yonatan implica “completar aquello que no está completo, pues uno sabe que no está bien unido”.

El sueño de ser músico y la incursión en la literatura

Yonatan empezó a estudiar música “a los veintitantos”. Y tras haberse inscrito en la escuela de música, comenzó a aprender uno de los instrumentos que considera de los más difíciles, el oboe. Desafortunadamente, debido a que había incursionado “tarde” y ya tenía una edad más avanzada que el resto de sus compañeros, no lograba que sus maestros le hicieran caso y le enseñaran a tocar correctamente.

A pesar de estos obstáculos, su esposa lo contactó con otro oboísta, un estadounidense que fungía como primer oboísta en la Sinfónica y que, más allá de haber sido su maestro, también se convirtió en su amigo. Él lo formó según lo que había aprendido en la escuela de Filadelfia.

Transcurrido un tiempo, Yonatan se fue a tocar a Nebraska, Estados Unidos. Con tan solo quince días preparó su TOEFL como pudo para irse y presentar su recital en tierra estadounidense. Al regresar a Guadalajara no le fue como esperaba, así que desertó su sueño, “yo no quiero, no puedo entrar en música propiamente”.

Un amigo suyo, Raúl Aceves, lo ayudó a resolver algunos problemas psicológicos que Yonatan tenía, además de que lo incluyó en un taller literario. A la par de ser músico, comenzó a escribir para poder tener un ingreso y ganarse la vida. Así fue como inició su “carrera, entre comillas, de editor” con Ernesto Flores. A esto agregó que dio clases en la Universidad de Guadalajara, en la Licenciatura de Filosofía y Letras, donde impartía una materia relacionada con edición. “Pero eso fue hace mucho tiempo ya, muchos años.”

El testimonio de un amigo y el inicio de una conversión

Una de las hermanas de Yonatan conoció a la hija de un tal Natan Stern Strauch, un judío polaco que, a los trece años, había sido partisano⁴ y soldado durante la Segunda Guerra Mundial. Tras sesenta años, aproximadamente, de guardar su historia para sí, había tomado la decisión de compartirla con el mundo. Así, la redacción quedó designada a la pluma de Yonatan, a quien le pidieron que se reuniera con Natan para que ambos pudieran conversar.

En aquel entonces, Yonatan ya contaba con un pasado violento debido a que había participado en el ejército y posteriormente había pertenecido a la Liga Comunista 23 de Septiembre. Así, el contacto que ambos hombres compartieron con la milicia propició que se vincularan de una manera más cercana. “Yo llegué con él y desde que nos vimos fue un click, como si nos hubiéramos conocido de toda la vida, desde siempre. Me adoptó como hijo y allí empezó todo.” Natan se convirtió en la figura paterna que Yonatan jamás experimentó con su padre biológico, puesto que éste último creó y mantuvo una barrera que los separaba.

Foto 14. Jorge Souza, Rogelio Villarreal, Yonatan Vite y Mauricio Ramírez (en ese orden) durante la presentación del libro *¿Quién merece vivir?*, 2009.



Fuente: apartado “Estados” en sitio web Cultura Gobierno de México.

⁴ Como partisano, Natan formaba parte de un grupo de resistencia que tenía por objetivo aniquilar a aquellos que fueran nazis.

Mientras escribía el libro acerca de la vida de Natan, el cual le tomó alrededor de dos o tres años poder terminarlo, tuvo que realizar búsquedas en distintas fuentes, entre ellas videos, para entender cómo y dónde había vivido su amigo, de qué manera y cómo había sido su experiencia en la guerra. Esto ocurrió debido a que Natan le contó su historia una sola vez, y después de eso ya no accedió a contestar más preguntas; se abrió a compartir su testimonio, confesó aquello que había hecho durante la guerra — algo que claramente le fue difícil—, y tras decirlo completo, no lo volvió a repetir, lo que ocasionó que Yonatan tuviera que recurrir a otras fuentes, leer y leer, así como inventar o adecuar algunas partes de la historia para complementar la información que sí había alcanzado a registrar y que se relacionara con la forma de ser de Natan.

Tras escuchar las historias de su amigo, Yonatan le confesó a éste que lo veía como un héroe, pero el comentario no le agradó en lo absoluto. Molesto, Natan le dijo que no lo era, y Yonatan, por el pasado similar que compartían, lo entendió, “porque efectivamente uno hace muchas cosas feas”.

Cuando le pregunté por las razones de su conversión me respondió que estaba relacionado con un hecho sobrenatural. Cuando era joven tuvo dos recuerdos, que no fueron creados, sino que se le presentaron como memorias reales pasadas dentro de un espacio que describió como irracional. El primero de esos recuerdos era previo a la guerra, mientras que el segundo tenía que ver con su muerte. Por mucho tiempo intentó encontrarles una explicación racional, tanto a éstos como a sentimientos que había experimentado, pero que no sabía de dónde provenían. Así, al estar viendo los videos, reconoció un lugar que vio en alguna vida pasada. “Ahí yo estuve. Yo fui un niño de cinco o seis años cuando sucedió la guerra.” Al trabajar con la historia y el libro de Natan experimentó una revelación, “toda esa parte rara, no racional, estaba empezando como a armarse, a tener cierto sentido.”

Con el paso del tiempo, la amistad entre Yonatan y Natan se volvió más cercana, tanto así que sus esposas también se volvieron amigas. En una ocasión que se encontraban en casa de Natan, mientras tomaban café, éste le dijo a Yonatan que lo iba a hacer judío. A esto, Yonatan contestó: “Por favor, hágalo. Yo no tengo problema alguno”.

Desde pequeño, Yonatan siempre fue muy preguntón, inquieto por saber. Me compartió que, su abuela materna trató de convertirlos al catolicismo, a sus hermanos y a él, así que los metió al catecismo. Al estar frente al cura, Yonatan comenzó a hacerle pregunta tras pregunta, lo que hizo enojar al sacerdote, quien realmente no respondió sus dudas. A diferencia de esta situación, logró encontrar las respuestas que buscaba en el judaísmo, “ahí yo me sentí a gusto, desde el punto de vista intelectual”. Se dio cuenta de que había coherencia entre lo racional y los aspectos irracionales del judaísmo. Además, se sintió cómodo con el hecho de que no se le pidiera que creyera en algo, ya que ha sido algo que jamás se le ha dado.

Entonces, Natan comenzó a presentar a Yonatan con miembros de la comunidad. Lo conectó con aquellos que se conocen como *jajam*, es decir, gente inteligente que pudiera instruirlo en el judaísmo y su proceso de conversión, “son libros y libros, y estantes de libros que uno tiene que revisar, conocer, estudiar...” No obstante, Yonatan ya había iniciado, por cuenta propia, a estudiar con otros miembros de la comunidad. También le presentaron al rabino de la comunidad ortodoxa de Guadalajara, aquella a la que pertenecía Natan. No obstante, por cuestiones personales, el rabino tuvo que mudarse de Guadalajara, por lo que la hija de Natan contactó a Yonatan con otro rabino, quien le enseñó los aspectos de la vida judía.

Puesto que ha sido una comunidad muy violentada a lo largo de toda su historia, me mencionó que son precavidos en cuanto a “quién viene y para qué”, ya que incorporarse a un grupo o comunidad implica que ésta abra las puertas para que alguien conozca sus costumbres, vínculos, identidad, aspectos que cuidan y protegen con la finalidad de asegurar que tanto la comunidad como la tradición continúen. Por consiguiente, el proceso de conversión de Yonatan tomó alrededor de 13 a 14 años para poder ser completado. “No es fácil el judaísmo..., es muy demandante porque tiene una reglamentación precisa sobre cada actividad del día. Para todo hay una razón.”

Desafortunadamente, tuvo que cambiar de residencia y mudarse a la Ciudad de México para terminar tanto su formación mística como su proceso de conversión. Lo anterior se debió al rechazo que experimentó por parte de la comunidad judía-turca que en aquel entonces eran muy cerrada y no quería relacionarse con aquellos que se

convertían al judaísmo. Al parecer esta nula aceptación consistía en que, además de no comprender el asunto de la conversión, no consideraba válida la integración de los conversos a la comunidad, puesto que no habían nacido dentro de ésta y no habían heredado la identidad, así como la tradición. Por consiguiente, el rabino Abraham Srugo —rabino actual de la comunidad israelita de Guadalajara—, quien ayudó a Yonatan a terminar su formación, les pidió a ambos, a Natan y a él, que se trasladaran a la capital del país para que pudieran practicar la vida judía de manera libre. Así, Yonatan tiene alrededor de seis años residiendo en este lugar.

Con cada año que pasaba, se percataba de todo lo que había quedado atrás, “va uno viendo cómo veía las cosas y cómo se ven ahora de otra manera”. Aunado a esto, Yonatan me comentó que existen dos tipos de conversión, la sencilla y aquella que es más compleja. La primera consiste en que el sistema de creencias de una persona es redirigido hacia otro tipo de creencia. Así, en un año cuando mucho, se logra la transformación y se puede conocer qué es ser judío, la historia de la comunidad, entre otras cuestiones. Sin embargo, no es un proceso confiable dado que el judaísmo es, como dijo Yonatan, una actividad vinculante que cambia todo; no significa que sea otra forma de vivir o plantearse la vida, sino que implica una transformación en todos los sentidos, en cómo se visualiza o entiende el mundo, además de que esta preparación ayuda a la persona a entender la esencia del judaísmo.

Ser judío desde la experiencia de vida de Yonatan

Para Yonatan, el judaísmo es una actividad vinculante, es decir, algo que vincula a la persona con el aquí y el ahora, cuestión que identifica con la palabra *shalom*. Según lo que me describió, el judío se considera como una flama que busca elevarse y ascender de manera intelectual y espiritual. Es por esto último que recuerda las palabras de Alberto Blecua, un filólogo y cervantista español, es necesario ir a los textos, a aquello que guarda la esencia del judaísmo.

Recuperando las palabras de Yonatan acerca de lo que para él implica la palabra *shalom*, completar aquello que está incompleto o que no está bien unido, me comentó

que “tenía una parte *tururu* perdida en la inmensidad de lo esotérico, que no hallaba cómo entenderla (...) estaba apartado por allá.” Así, el convertirse al judaísmo y conocer la parte racional de éste lo ha ayudó a entender, a analizar el funcionamiento de ese algo en su interior que antes se encontraba incompleto. “Es como estar representado en un cuadro y saber que cada una de las piezas están donde deben de estar, como deben de ser.” También me compartió que, llegó un momento en su vida en el que surgió la pregunta acerca de “si tenía sentido vivir o no y para qué.” Afortunadamente, logró resolverlo, sabe cuál es su propósito y está tranquilo. “Yo estoy muy contento, a mi edad y todo, estoy muy contento con todo esto.”

Jaime Waxtein y Silvia de Waxtein

Jaime, de 73 años, forma parte de la comunidad judía ashkenazi. Es una biblioteca histórica sobre la comunidad; conserva cada una de las memorias de ésta, así como de su historia familiar.

Originario de la Ciudad de México, cursó la primaria en el Colegio Hebreo Tarbut y su primer año de secundaria en otra institución, dado que su padre quiso cambiarlo de escuela. En diciembre de 1964, cuando Jaime tenía 14 años, su padre decidió, por cuestiones laborales y que ya era “imposible vivir en la Ciudad de México por la gran cantidad de habitantes que tenía”, que la familia se mudara a Guadalajara y debido a los sistemas y calendarios escolares, Jaime tuvo que cursar nuevamente primero de secundaria, ahora en el American School. Años más tarde estudiaría una ingeniería en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO).

Foto 15. Jaime (tercero de izquierda a derecha) en la inauguración del museo Moreshet, junio del 2023.



Fuente: Enlace Judío.

Silvia, en vísperas de cumplir los 70 años, es parte de la comunidad judía turca; la mayoría de los integrantes de su familia que llegaron a México eran originarios de Turquía y Grecia. Lo poco que habla de hebreo lo aprendió en su casa, ya que, en la escuela a la que asistió antes de ingresar al American School, según lo que me comentó, simplemente “no le entraba”; no sabía si era por distraída o por qué, pero no podía aprenderlo.

Jaime, tres años mayor que su esposa, conoció a Silvia en la fiesta de 15 años de esta última; conversaron un rato y después de un año, se hicieron novios. Cuando Silvia tenía 23 años y Jaime 26, contrajeron matrimonio, y a lo largo de 47 años han construido una historia juntos, así como en compañía de sus dos hijos y cinco nietos. Lo curioso de ambos es que son una combinación, un choque cultural de dos comunidades judías distintas que poseen costumbres, idiomas, gastronomía y tradiciones diferentes, puesto que Jaime es ashkenazi y Silvia sefaradita.

La forma en la que los conocí fue gracias a Rebeca Kisel, a quien introduzco en el siguiente apartado. Rebe organizó una comida en su casa para presentarme a Jaime y a

Silvia con la finalidad de que ambos pudieran compartirme un poco de su historia. Así, en los siguientes capítulos recupero algunos fragmentos importantes sobre lo que conversamos aquella tarde; memorias que tanto Jaime como Silvia descubrieron y heredaron de boca de sus abuelos.

La familia Waxtein

El abuelo paterno de Jaime, Bernardo Waxtein, nació en un pequeño poblado ubicado entre Ucrania y Polonia. En tiempos de la Primera Guerra Mundial, tanto éste como el bisabuelo de Jaime eran parte del ejército soviético; el primero era un soldado mientras que el segundo tenía un rango más alto.

Entre 1914 y 1916 Bernardo dejó atrás el ejército, así como su hogar, y en compañía de un amigo llegó a México. Debido a que uno de sus hermanos vivía en San Francisco, Estados Unidos, el objetivo de su abuelo era cruzar la frontera. No obstante, no pudieron lograrlo ya que el país vecino modificó sus políticas migratorias y cerró el paso a los extranjeros. Así, los primeros diez años en México, según cuenta Jaime, tanto su abuelo Bernardo como el amigo de éste se mantuvieron unidos.

Ninguno hablaba español, sólo sabían lo que habían aprendido en casa, yiddish, polaco y algo de ruso. “Se vinieron para acá, sin nada. Mi abuelo cuando llegó traía un saco, un suéter, dos camisetitas, dos camisas, su sombrero, dos pantalones y cien rublos.” Eso era todo. Su abuelo le contó que, al bajarse del barco, para que les dieran su pasaporte tenían que sacarles una fotografía en la que debían usar traje o saco, además de una corbata. Un señor le prestó a su abuelo las prendas y, tras obtener su pase de identificación, el abuelo de Jaime invirtió sus cien rublos en un saco y dos corbatas. Así, cuando los recién llegados se bajaban de los barcos, les alquilaba la vestimenta con el objetivo de que éstos pudieran tomarse las fotografías para el pasaporte. “Con eso empezó”, dijo Jaime; ese negocio fue la primera fuente de ingreso para su abuelo Bernardo.

Después de un tiempo de haber desembarcado en suelo veracruzano, Bernardo conoció a la abuela de Jaime, Mina, quien era originaria de Kiev, Ucrania. Se casaron y

un señor árabe —Jaime no pudo recordar cómo fue que lo conocieron—, que vivía en Orizaba y tenía una ferretería, le ofreció trabajo a su abuelo, “¿Quieres trabajo? Bueno, aquí está el muestrario, vete a trabajar al Pacífico”. Así fue como se mudaron a Santiago Ixcuintla, Nayarit, porque al parecer allá solía haber una estación de tren, en la que todos los días, Bernardo tomaba el tren para viajar a Hermosillo y después de un largo día de trabajo regresaba a casa. En una ocasión que el tren se encontraba transitando por Querétaro, tuvieron que detenerlo por un conflicto armado entre los revolucionarios y el ejército. Jaime nos platicó que su abuelo se vio obligado a esconderse debajo de un tren durante tres días para que no lo mataran; le había dado la espalda a la Primera Guerra sin imaginar que se encontraría con otra, pero en tierra mexicana.

En 1927, mientras hacían su vida en Ixcuintla, nació el padre de Jaime. Años más tarde, la familia se fue a vivir a Guadalajara, pero al no ser ésta de su agrado, se trasladaron a La Barca. Allí nació la hermana de su padre, quien falleció al poco tiempo, puesto que su abuelo no tenía trabajo ni dinero para comprar las medicinas que necesitaba. “¿Entonces de qué vivías en La Barca?”, le preguntó Jaime a su abuelo. Éste le respondió que, tras conseguir dos baldes de lámina y un trozo de madera de un árbol, iba al Lago de Chapala, sacaba agua y la vendía de puerta en puerta. Con los pocos ingresos que comenzaron a tener, compraron ropa y, poco a poco, pusieron un negocio de venta de prendas hasta que tuvieron lo suficiente para trasladarse a Ciudad Guzmán, donde vivieron muchos años gracias a que lograron prosperar económicamente.

Tiempo después, para que el padre de Jaime pudiera estudiar medicina, la familia se mudó a Morelia. Durante su segundo año de carrera se desató la Segunda Guerra Mundial, Lázaro Cárdenas hizo el llamamiento al servicio militar y, a su padre le tocó la “bolita blanca” por lo que tuvo que dejar de estudiar para trasladarse a Los Reyes, Michoacán donde realizó su servicio militar. Al término de la guerra, Bernardo decidió reubicar a su familia en la Ciudad de México donde pusieron una fábrica de ropa. El resto es historia.

Los que llegaron de Varsovia

En cuanto a la familia del lado de su mamá, éstos provenían de Varsovia, Polonia. Su abuelo materno era parte del ejército durante la Primera Guerra Mundial. Y para poder salir de éste y escapar de Europa, “rompió una botella de vidrio y se la embarró en la rodilla”, comenzó a infectarse y a impedir que pudiera caminar. Entonces, el ejército lo mandó a recuperación a un hospital. En cuanto volvió a andar, “agarró sus papeles y se vino para México”.

En aquel entonces, el abuelo de Jaime ya estaba casado con su abuela, además de que ya había nacido el primer hijo de su matrimonio. Entre 1917 y 1918 únicamente su abuelo llegó a suelo mexicano, y no fue sino hasta el año de 1924 cuando se les unió su abuela y su tío; cinco años más tarde nacería la mamá de Jaime, en 1929. Aunado a ellos, el abuelo de Jaime logró sacar a una gran parte de su familia de Polonia, entre los que nombró a dos primos hermanos de su abuelo con sus respectivas familias.

Tras establecerse en la capital de un país que les era completamente nuevo, el abuelo materno de Jaime encontró trabajo en el taller de un chino que fabricaba camisas. Desafortunadamente, la historia se interrumpe aquí, puesto que no alcanzó el tiempo para que Jaime la siguiera compartiendo.

El núcleo familiar y la herencia de la abuela

Los padres de Jaime se conocieron en un evento de la comunidad. Era muy común que en aquella época los jóvenes fueran a un lugar a bailar. Fue allí donde los padres de Jaime se conocieron.

Cuando Jaime nació, su abuelo materno tenía algunos años de haber fallecido y su abuela vivía junto a su hija y su yerno. Así, mientras Jaime crecía, su abuela se convirtió en una segunda figura materna para él, dado que también lo cuidaba. Además, ésta sobrevivió a la madre de Jaime, quien falleció a la edad de 76 años a causa del cáncer. Por el contrario, su abuela los dejó cuando tenía alrededor de 94 años. Previo a

la muerte de esta última, uno de los tíos de Jaime decidió llevársela con él; muy a pesar de Jaime y la resistencia que puso.

Después de que falleciera su abuela, su tío se quedó con la mayor parte de las pertenencias de ésta, especialmente Jaime mencionó unos libros que ella había escrito donde narró su historia de vida. Así, al morir su abuela, Jaime le pidió a su tío que, lo único que él quería que le dejara como recuerdo de ella era el libro de rezos que solía usar. Él se lo concedió, quedándose con el resto de los objetos, entre otras posibles reliquias familiares.

El libro es aproximadamente de 1875 y Jaime lo conserva envuelto debido a que ya es muy viejo y, por el desgaste del paso de los años, se encuentra en un estado frágil y propenso a que pueda dañarse con facilidad.

Aunado a este objeto, Jaime me compartió que su hermano conserva algunas fotografías familiares. En una ocasión que las estaban viendo juntos, optaron por guardarlas debido a que todos los que aparecían en ellas ya habían fallecido. “*A final de cuentas*, le dije a mi hermano, *pues nada más quedamos tú y yo*”, terminó de comentar con cierta tristeza en su voz. Después agregó que, para él, la familia de Silvia es su familia, y aunque le entristezca que sus hijos no vivan en Guadalajara y no puedan juntarse con frecuencia, no le gustaría trasladarse a la Ciudad de México, donde uno de éstos reside. Su vida la hizo en Guadalajara y aquí quiere quedarse.

Los orígenes familiares de Silvia

Las abuelas de Silvia, del lado materno como paterno, nacieron en Estambul, Turquía. En el caso de su abuelo materno, éste era originario de Jerusalén, mientras que su abuelo paterno no recuerda de dónde provino.

Cuando Ester Lombroso, la abuela materna de Silvia, tenía dos años, su familia dejó Turquía para irse a vivir a Francia, puesto que Inglaterra y el país turco entraron en conflicto para decidir quién de los dos se quedaba con el territorio de Chipre. Existen registros que mencionan a algunas de las familias judías que fueron de las primeras en llegar a la nación mexicana, entre ellas se encuentran los Lombroso, quienes eran una

familia muy extensa en aquella época. Pese a que no está segura, Silvia cree que la familia de su abuela Ester es parte de la que figura en estos registros.

Así, Ester salió de Francia en compañía de su familia a bordo del barco Mardi Gras, el cual llegó al Puerto de Veracruz en 1923. En México ya la esperaba su prometido, Salomón Meyohas Bejas, a quien no conocía, pero que le habían presentado por carta, a través de la intervención de un amigo que la familia de Ester y el abuelo Salomón compartían. El joven, provenía de Jerusalén y años antes de recibir a su prometida y a la familia de ésta, se había establecido en México, país en el que desembarcó en 1917. Ester contrajo matrimonio con Salomón a la corta edad de 14 años, y de su unión nacieron siete hijos, entre ellos la madre de Silvia, a quien pusieron por nombre Matilde.

El abuelo Salomón falleció cuando tenía alrededor de 40 años, mientras que la abuela Ester vivió 103 años y, según lo que me dijo Silvia, fueron años “bien vividos”. También me platicó que su abuela sobrevivió a su madre, quien solía cuidarla. Tras la muerte de ésta, Silvia se encargó de los cuidados de su abuela durante sus últimos diez años de vida.

Lo poco que me compartió de sus abuelos paternos, Matilde y Bension, fue que de su matrimonio nacieron cuatro hijos, entre los que se encontraba su padre Israel, a quien solían llamar “Tierra Santa” cuando la familia vivía en Veracruz. Aunado a esto, los padres de Silvia tuvieron cuatro hijos que hoy en día le sobreviven a ambos; Silvia es la tercera de sus cuatro hermanos.

La comunidad Israelita desde la perspectiva de Jaime y Silvia

Silvia me comentó que, al ser una comunidad tan pequeña, cuando los jóvenes, o los hijos de las familias buscan casarse, “no encuentran lo que a ellos les gusta. ¿Y qué pasa? Empiezan los matrimonios mixtos. Entonces, eso es lo que tratan muchas veces de evitar, de perder la continuidad, perder las costumbres y las raíces”.

Una de las razones por las cuales la comunidad israelita de Guadalajara ha disminuido en número de integrantes tiene que ver con el hecho de que, para prevenir lo que mencionó Silvia, algunas familias comenzaron a mandar tanto a sus hijas como a

sus hijos a la capital del país con la finalidad de que allá pudieran encontrar pareja, formar una familia y hacer sus vidas.

Para complementarla, Jaime expresó su inquietud del panorama actual que atraviesa la comunidad. Él considera que la poca presencia de miembros resultará, en un futuro no tan lejano, en la unión y mezcla de ambas comunidades, tanto la ashkenazi como la sefaradita, esto con la finalidad de volver a iniciar y hacer no sólo que renazca, sino que crezca potencialmente la comunidad, como ocurrió hace un siglo. Pero para que esto suceda, será clave que, una vez más, puedan hacer a un lado las diferencias que los separan.

Rebeca Kisel

Rebe nació en la Ciudad de México en 1977. Ella es la hija mayor del matrimonio de sus padres, William y Raquel, le siguen su hermano Wolf —quien recibió este nombre en memoria del bisabuelo de Rebe, es decir, el papá de su abuela Fanny— y finalmente la hermana menor, Jayele. Su infancia la recuerda con cariño, como una etapa bonita en la que su familia era muy unida.

Desde pequeña, sus padres le transmitieron la importancia del estudio y de ser una persona que conociera la historia, desarrollara un pensamiento crítico y se preparara con el fin de desenvolverse en el ámbito profesional, “no es bien visto que te quedes sin hacer nada”, fue lo que me dijo. Así, Rebe asistió a una escuela judía en la Ciudad de México donde recibió su formación desde la etapa de pre–kinder hasta la preparatoria.

Según me comentó, las escuelas judías se diferencian de las escuelas laicas o públicas por el hecho de que alrededor del 95% de alumnos son judíos, y en cuestión de aprendizajes, además de seguir el programa de la SEP, les enseñan acerca de las fiestas y costumbres judías, la historia de su pueblo, además de impartir yiddish —que en nuestros días está desapareciendo—, hebreo e inglés. Rebe recuerda que, en su casa no solía practicar yiddish, al menos en su totalidad, no obstante, lo escuchaba cuando sus padres hablaban entre ellos o cuando éstos conversaban con los abuelos. En cuanto

al hebreo, su práctica y escucha se designaba principalmente a los espacios donde se celebraban las fiestas de la comunidad.

Pese a no tener un momento específico en el que nació su sueño por ser doctora, Rebe siempre supo que esa era su vocación. Así, cursó la carrera de medicina en la Universidad Anáhuac México Norte, se especializó en ginecología, hizo una subespecialidad en urología ginecológica, y finalmente realizó una maestría en Administración de Sistemas de Salud en Miami.

La cercanía de Rebe con la comunidad judía de la Ciudad de México es mucho más estrecha que la que ha desarrollado con la de Guadalajara, debido a que tiene alrededor de cinco años que se mudó a la ciudad tapatía. También, me platicó que, en la capital del país, la comunidad no sólo tiene escuelas, sino también un centro deportivo donde los integrantes pueden escoger entre todo tipo de actividades —baile, karate, natación, música y muchas más—, allí pasó sus fines de semana, nadando, durante toda su infancia.

Los abuelos, el punto de origen

Los primeros integrantes de la familia de Rebe en pisar tierras mexicanas formaban parte de la comunidad judía ashkenazi. Pese a que desconoce cuál fue el trayecto que siguieron para salir de sus países de origen y hacerse a la mar, ingresaron en barco por el Puerto de Veracruz poco antes de la Segunda Guerra Mundial.

La teoría que tiene Rebe del porqué terminaron estableciéndose en la Ciudad de México consiste en que en aquella época era muy frecuente que los judíos que llegaban al país se movieran en grupos a puntos geográficos específicos donde sabían que había otros miembros de su comunidad con los que podían integrarse.

Rebe me compartió que, al ser judíos perseguidos, su familia alcanzó a escapar cuando iniciaba el conflicto de la Segunda Guerra Mundial, “Cómo fue que salieron y eso nunca..., pues yo creo que eran traumas que no querían contar. Y la que más me contó de eso fue mi abuela, mi bobo Fanny, pero tampoco, nunca nos contó..., ella lo único que sé es que viajó sola”. A esto añadió que había muchos matrimonios entre personas que

no se conocían, pero que se casaban antes de subir al barco con la finalidad de que los dejaran ingresar a México; también era muy común que muchos de estos inmigrantes judíos fueran menores de edad. Al desembarcar, algunas parejas decidían quedarse juntos, mientras que otras se separaban y tomaban diferentes rumbos.

Por parte de su familia materna, sus abuelos eran Benjamín Laska y Ana Stern, ésta última sobrevive al primero. Su zeide⁵ Benjamín, a quien Rebe solía ser más cercana de sus dos abuelos, era originario de Polonia. Aparentemente nació en 1928 y cuando tenía alrededor de ocho años se trasladó a México junto a sus padres y sus dos hermanos; esto ocurrió aproximadamente en 1936.

Así, Benjamín creció en la Ciudad de México y se convirtió en joyero, trabajo que lo llevó a viajar por distintos lugares de la República. Precisamente en una de estas travesías, uno de sus amigos le presentó a Ana, quien vivía con su familia en Ciudad Juárez, Chihuahua. Tras casarse con ella, el matrimonio Laska Stern se estableció en la Ciudad de México donde criaron a sus cuatro hijos, entre ellos a la mamá de Rebe, Raquel, quien además era la hija mayor. Después de que ella naciera le siguieron Mario, Sara y finalmente, Marcos.

De sus dos abuelas, Rebe es más cercana a su bobbe Ana, quien aún vive. Ella fue la primera de sus hermanos en nacer en suelo mexicano. Pese a contar con las actas de nacimiento y matrimonio de sus bisabuelos y tíos abuelos, la familia desconoce el año en que llegaron los padres de Ana, quienes habían abandonado Rusia en compañía de sus tres hijos, es decir, los hermanos mayores de la bobbe Ana.

Inicialmente habían arribado al Puerto de Ellis Island con la intención de reencontrarse en Nueva York con los familiares del zeide Moisés —el bisabuelo de Rebe—, que ya se habían establecido en la ciudad. Sin embargo, el vecino estadounidense ya había cerrado sus puertas a la inmigración extranjera, por lo que fueron desviados al Puerto de Veracruz. Pese a esto, la familia tenía todas las intenciones de cruzar la frontera, sólo necesitaban renunciar a la nacionalidad rusa para conseguir papeles mexicanos que les permitieran ingresar a Estados Unidos, ya que en aquel

⁵ En yiddish, la palabra *zeide* se utiliza para decir “abuelo.” Por el contrario, la palabra *bobbe* es para nombrar a la “abuela.”

entonces no se aceptaba la doble nacionalidad en México. “Mi abuelo decía que ruso nació y ruso se moría. Entonces se quedó en la frontera” y así fue como Ana nació en 1932, según lo que han logrado averiguar —debido a que los documentos que conservan presentan algunas irregularidades en las fechas desde el momento en el que fueron registrados—. Y unos años después, a ésta le siguieron dos hijos más.

La situación que Rusia enfrentó entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, especialmente con la práctica de los pogromos —donde un gran número de judíos fueron asesinados—, causó que su zeide Moy, quien en aquel entonces era militar, desertara del ejército. Para salir del país y proteger a su familia, renunció a su nombre, además de que consiguió papeles falsos para cada uno, con los cuales pudieron ingresar sin problemas a México. Por el resto de sus días, temeroso de que la KGB lo llegara a encontrar, jamás confesó a la familia su verdadero nombre y apellido, llevándose el secreto a la tumba. Rebe recuerda que su bisabuelo falleció cuando ella tenía entre 5 y 6 años de edad.

Por parte de sus abuelos paternos, su zeide Gregorio Kisel nació en Minsk, Rusia. Y con tan solo 16 años dejó su país atrás; acompañado de sus padres y sus hermanos, su familia desembarcó en el Puerto de Veracruz para finalmente establecerse en la Ciudad de México. En cuanto a su abuela paterna, Fanny Laiter, la más chica de todos sus hermanos, nació en Wolfenbüttel, Alemania en agosto de 1920.

Ella logró llegar a México cuando tenía entre 16 y 17 años de edad. Gracias a uno de sus tíos —quien se encargó de sacar de uno en uno a los integrantes de la familia que vivían en Alemania—, fue que Fanny se trasladó a la Ciudad de México y llegó a vivir con él, quien ya tenía tiempo establecido en el país. Según lo que me compartió Rebe, el tío de Fanny sacó primero a los papás de éste, luego a sus hermanos, y después a la familia de Fanny. Desafortunadamente, una de las hermanas de esta última, justo la que había nacido antes que ella, no alcanzó a abandonar el país. Rebe recuerda que su abuela no hablaba de ella, era un tema doloroso que era mejor evitar. Años más tarde encontraron el nombre de la hermana de Fanny, fallecida en Auschwitz, en los registros del Museo del Holocausto.

Foto 16. El zeide Gregorio y la bobbe Fanny.



Fuente: fotografía compartida por Rebe.

Aunque Rebe desconoce cómo fue que se conocieron sus abuelos, Fanny y Gregorio se casaron en junio de 1939. Y del matrimonio Kisel Laiter nacieron cuatro hijos; Teodoro, Frida, Salomón y el padre de Rebe, William.

Los abuelos a los que fue más cercana y con los que tuvo una mayor convivencia fueron su zeide Benjamín y su bobbe Ana, los papás de su mamá. Rebe fue la primera nieta de ese lado de la familia, así que fue la sensación en casa, era la novedad y todo el tiempo querían estar con ella, cuidándola. En cambio, sus abuelos Gregorio y Fanny ya contaban con nueve nietos antes de que Rebe llegara, “ya era así como *Ay, otro niño llorón*”, se ríe mientras me comparte esto. “Y del otro lado la primera, entonces ya te imaginarás...”.

Así, después de haber nacido y de que su madre empezara sus estudios, los abuelos maternos de Rebe solían cuidarla. “Yo me acuerdo de que me iba a trabajar con mi abuela todo el día. (...) trabajaba en una fábrica de lámparas (...) Y siempre me llevaba a comer. En frente había un restaurante italiano que me encantaba. Ahí siempre me llevaba a comer mi pasta. Y yo estaba chiquita, tendría 3-4 años, y me acuerdo perfecto de eso.”

También me compartió que solía irse a dormir a casa de su bobbe Ana los fines de semana. Y su bisabuelo Moy, quien vivía con sus abuelos, la sacaba de la cuna, la llevaba a su cama y le daba a tomar té, “yo a la fecha amo el té negro, porque él tomaba té todas las mañanas, y me daba mi té todas las mañanas.”

Integración a la comunidad mexicana

Debido a que su bobbe Ana nació en México y sus otros abuelos llegaron muy jóvenes al país —el zeide Benjamín a los ocho años, Gregorio y Fanny en su adolescencia— realmente no tuvieron tantas dificultades en adaptarse al país, así como al idioma. Por el contrario, Rebe supone que sus bisabuelos tuvieron que batallar un poco más al enfrentarse a un nuevo lugar, cultura e idioma.

Pese a lo anterior, Rebe me confesó que su bobbe Fanny nunca aprendió bien el español, pues jamás asistió a la escuela, dado que poco tiempo después de su llegada a México se casó con Gregorio. Así que hablaba una combinación entre español y alemán; lo poco que aprendió fue de escuchar a sus hijos hablar, así como cuando interactuaba con ellos.

El abuelo Gregorio conservó un ligero acento ruso en su español, el cual tuvo que aprender para poder comunicarse y trabajar. A diferencia de los otros dos, tanto el zeide Benjamín como la bobbe Ana hablaban un español perfecto, sobre todo el primero, puesto que había asistido a un colegio judío.

Rebe también me comentó que muchos inmigrantes judíos desarrollaron un profundo resentimiento hacia sus países de origen, como fue el caso de la bobbe Fanny; quien sentía un gran disgusto hacia lo que había ocurrido y lo que había ocasionado el nazismo, “por ejemplo, mi abuela nunca quiso regresar a Alemania”. A esto agregó que el resentimiento de su abuela también estaba relacionado con las múltiples pérdidas que experimentó, “a todos los que perdieron, porque no nada más fue su hermana, eso es de su familia directa, pero sí perdieron mucha gente. Nadie quiso nunca regresar”.

Rebe no descubrió esto porque se lo haya contado su abuela, sino que más bien lo detectó en su papá, en William, específicamente por los comentarios que hacía acerca

de que no quería visitar Alemania ni darles un centavo a los alemanes, “ese odio se pasa (...) lo aprendes en casa”, me dijo Rebe.

Lazos y contactos familiares

Aunque ninguno de sus abuelos regresó a su tierra, sí mantuvieron contacto con las personas que se quedaron en las ciudades de donde provenían. En el caso del bisabuelo Moy, éste solía comunicarse a través de cartas, pero después de 1943 “ya no supimos nada de su familia.”

Del lado del zeide Benjamín, saben que tienen parientes que, tras abandonar su país de origen, se trasladaron a Sudamérica; un tío de Rebe y los hijos de éste viven en Uruguay. Aunque no comparten un lazo estrecho con ellos, además de que Rebe no los conoce, están en contacto. Aunado a esto, cuentan con otros familiares que, tras sobrevivir a los campos de concentración, se fueron a Israel, después de la fundación del Estado.

Tanto del lado del abuelo Gregorio como de la abuela Fanny, sobre todo de ésta última, hay familia en Israel. Todos los hermanos varones de la bobbe de Rebe se mudaron a Tierra Santa, únicamente Fanny y su hermana Jenny permanecieron en México. Rebe supone que la razón por la que se mudaron a Israel fue por “la esperanza de crear un nuevo estado, una nueva vida allá..., en que no les volviera a pasar, si tenían su país, lo que les pasó.” Para Rebe es un lado de la familia que no es cercano precisamente por la lejanía geográfica, no obstante “estamos en Facebook y cuando vamos los vemos.”

Rebe y el descubrimiento de su historia familiar

Al preguntarle sobre cómo había comenzado a conocer la historia de su familia me comentó que nunca nadie se sentó a relatarle lo sucedido, sino que “como que son cosas que siempre he sabido..., me hablaban de eso con mucha naturalidad”.

Rebe no recuerda un momento en su vida en el que haya sentido curiosidad por saber más sobre el pasado de sus abuelos y bisabuelos. Si llegaba a ocurrir y comenzaba

a hacer preguntas le contestaban que no querían hablar de eso, “*No, no, no, ya estamos aquí*. Como que tenían muchos traumas de guerra, entonces no querían hablar. O sea, si les preguntaba, me decían *no, no, no, ya olvídate de eso, ya pasó*”.

A esto añadió que, se ha percatado de que existe un común denominador en ciertas acciones que realizan los abuelos de algunos descendientes que sobrevivieron a diferentes guerras. “Todos nuestros abuelos hacían las mismas cosas. Por ejemplo, todos en nuestras casas teníamos sobrecitos de azúcar de los restaurantes, o los cuadritos. Todos se los robaban porque, pues ellos estaban con este trauma del campo de concentración que, donde había algo se lo echaban a la bolsa porque no sabían si iban a volver a tener comida.”

Después me comentó mientras reía que, era muy común que las casas estuvieran repletas de todo tipo de objetos como ceniceros, floreros y arreglos que guardaban de su visita a algún restaurante, “todo lo que veían lo agarraban (...) Ibas a casa de la amiga y decías *¿tiene azúcar?* y te sacaban el sobrecito que decía Vips, (...) tenían ese trauma de *donde hay, agarra* que ya nuestros papás no hicieron”.

Objetos heredados

Pese a que ella no los tiene, en su familia aún se conservan alrededor de cuatro cuadernos o libros que contienen las entradas de diarios tanto de sus abuelos como de sus bisabuelos. Rebe jamás ha visto los originales, es decir, en físico; únicamente los conoce a través de las fotocopias. Aunado a esto, no supo decirme qué integrante de su familia los tiene, dado que no recuerda si los guarda su padre o una de sus primas.

Lo que atesoran las páginas de estas reliquias son los relatos de cómo llegaron estos primeros inmigrantes a tierras mexicanas. Desafortunadamente, no han podido descifrarlos y leerlos dado que están escritos en lo que consideran que es una mezcla entre yiddish, alemán y ruso. De hecho, existen unas fotocopias con las entradas en español gracias a que uno de los tíos de Rebe les preguntó a los abuelos y los tradujo, “le iban contando la historia y la iba anotando. Esas también he visto las fotocopias nada más”. Rebe añadió que, aunque le está tomando algo de tiempo, dado que su proceso

ha sido lento, está aprendiendo alemán, pues le gustaría poder leer lo que escribieron sus abuelos.

Además de los diarios Rebe conserva la tetera de plata que solía pertenecer a su abuela Fanny. Esta tetera antigua llegó a sus manos después del fallecimiento de ésta; jamás la ha utilizado, sino que la tiene guardada, mejor dicho, escondida en su consultorio, justo arriba de un mueble donde queda fuera del alcance de cualquier mano curiosa. No ha querido regresarla a su casa debido al gran tamaño que tiene, lo estorbosa que es, pero especialmente por no ponerle tentaciones a las pequeñas manos de su hijo Gabriel.

Otro de los objetos que conserva es un payaso de vidrio que se trajo su bisabuela Rebeca —la mamá de su bobbe Ana, y de quien heredó también el nombre— de su antiguo hogar en Rusia. Rebe calcula que el payaso podría tener alrededor de cien años y la forma en la que llegó a sus manos fue a través de su hermana Jayele; el payaso no venía solo, sino que era un juego de dos, y entre las hermanas decidieron repartírselos, uno para Jayele y el otro para Rebe.

El payaso descansa al interior de una vitrina en la sala de estar de Rebe donde también guarda otros objetos de cristal y porcelana alusivos al judaísmo y que le han sido, en su mayoría, obsequiados por familiares o amigos. Cuando me encontraba frente a su vitrina, esperaba algo muy distinto de lo que es el payaso, de hecho, Rebe tuvo que acercarse para señalarlo dado que yo no podía encontrarlo. Esta reliquia rusa, pese a tener cien años de edad, tiene la apariencia de haber sido recién fabricado de lo bien conservado que está.

También, guarda un sombrero ruso de su bisabuelo, el papá de su abuela Ana. No recuerda con exactitud cómo se lo heredaron, pero entre las teorías que ha elaborado me comentó que muy probablemente lo guardaba su bobbe y tras el fallecimiento de ésta lo rescató su hermana Jayele y terminó dándoselo a Rebe. Finalmente, entre otros objetos importantes se encuentran algunas fotografías de sus abuelos, así como los documentos oficiales de éstos, las cartas de naturalización, las tarjetas de identificación, las actas de matrimonio, etcétera.

Foto 17. El payaso ruso.



Fuente: fotografía compartida por Rebe.

Retorno a tierras ancestrales

A lo largo de sus 46 años, Rebe ha tenido la oportunidad de visitar, en dos ocasiones, Tierra Santa. La primera fue en 1993, cuando tenía alrededor de 16 años. Recién había terminado tercero de secundaria y su escuela, junto a otras escuelas judías, organizaron un viaje a Israel para que los alumnos pudieran conocer la tierra de sus ancestros. A pesar de que los viajes suelen tener una duración de un mes, el de Rebe se alargó dos meses.

La primera semana de estancia en la ciudad de Jerusalén le tocó trabajar en un *kibutz* y la siguiente estuvo en el ejército. Los *kibutz* son comunas agrícolas israelíes que desempeñan cierta labor. Cada uno de los integrantes de éstos tiene su casa propia, pero a la vez comparten cosas comunales como la escuela, las guarderías, un comedor para los trabajadores, entre otras cuestiones. Así, cuando Rebe vivió en el *kibutz*, le tocó

ordeñar vacas, además de haber ayudado en la cocina, “¿te imaginas limpiar arroz para 500 personas?” Yo suspiré en sorpresa, a lo que ella me contestó “Exacto”, se rio.

Para ordeñar las vacas, Rebe me comentó que, el sistema que le tocó a ella ya estaba automatizado, así que “nada más apretabas botones (...) abrías una puertecita, entraban seis-siete vacas, le apretabas a otro botón, se les subían las cosas a las ubres, las ordeñabas, se apagaba solito y mientras las ordeñabas tenías que echarles agua”, esto con la finalidad de que las patas de las vacas estuvieran limpias. Cuando terminaban de ser ordeñadas, Rebe apretaba otro botón, “salían, se cerraba esa puerta, abrías la otra y entraban las seis. Yo no sé quién estaba del otro lado de la puerta, moviendo a las vacas...”, me dijo entre risas.

Con base en lo que me platicó Rebe, de entre los 613 preceptos que hay en la religión, uno de ellos indica que tienes que vivirla en la tierra de Israel. “Entonces se supone que te enseñan cómo es la vida allá.” A pesar de que no todos los israelíes viven en kibutz, éstos marcaron los inicios de la vida comunitaria, pues al vivir en un desierto donde no había nada, se vieron obligados a especializarse en algo para finalmente formar las comunidades que poblarían el resto del territorio.

En su segunda semana, vivió y entrenó con el ejército especial. Solamente se encontraban los estudiantes, de 16 años, en los cuarteles donde les enseñaron la vida del soldado; solían despertarlos en la madrugada, hacían sus camas, utilizaban baños comunales separados en hombres y mujeres, se alimentaban en el comedor comunal, les enseñaban a disparar y los preparaban como en el ejército, a través de entrenamientos y enfrentamientos mixtos.

Al mismo tiempo que vivió estas experiencias, durante su primer mes de estancia asistió, por las mañanas, a clases junto a sus compañeros; y en las tardes salían a pasear y conocer Israel. Entre algunos lugares turísticos e históricos que visitaron, Rebe destacó los días que pasaron en Eilat, Tel Aviv y Haifa.

La segunda ocasión que visitó Israel fue en marzo del 2004 y lo hizo en compañía de su mamá; Rebe tenía entre 24 y 26 años. El propósito del viaje fue asistir a “La marcha de la vida”, que es una conmemoración del Holocausto, realizada cada año, en la que pueden participar todos los judíos del mundo. “Se llama la marcha de la vida porque en

la época del Holocausto, los que vivían en Auschwitz, cuando los mataban, las cámaras de gas estaban en Birkenau, entonces caminaban de un campo al otro y eso se llamaba la marcha de la muerte. Entonces ahora vamos, en ese día, a la marcha de la vida.”

La primera semana estuvieron en Polonia donde visitaron los guetos y los campos de concentración. El día del aniversario del Holocausto, conocido como Yom Hashoá, lo vivieron tanto en Auschwitz como en Birkenau. Allí escucharon testimonios de algunos sobrevivientes del campo, experiencia que no era nueva para Rebe puesto que a lo largo de toda su vida había estado en contacto con muchos sobrevivientes, entre ellos los abuelos de sus amigos o personas que veía en la comunidad y el club deportivo. También, en su escuela solían organizar pláticas donde acudían sobrevivientes para contarles su experiencia, “a nosotros nos educan que uno debe de conocer para no repetir los errores. Es la única forma de evitar que se repita la historia, recordarla.” Así, era con frecuencia que Rebe veía los números tatuados, en el dorso del brazo, de varias personas mayores de la comunidad.

Al hacer memoria, Rebe me compartió que en su escuela les enseñaron el periodo del Holocausto hasta que estaban en secundaria, dado que previo a esta etapa no se consideraba que los alumnos tuvieran la madurez suficiente para entender lo que había ocurrido. Claro que sabían que había existido, pero desconocían la magnitud y el grado de terror que había sido infundido en los judíos, “como que nadie te lo quería decir (...), yo creo que no entiendes ni el concepto de guerra cuando eres niño. Entonces, pues ahí te entra, a la mayoría de nosotros, la curiosidad de saber qué pasó. Y empiezas por tu parte a ver más cosas.”

Al preguntarle qué había sentido al entrar a los campos de concentración por primera vez, me comentó que, “se siente un vacío en el alma. No sé cómo describirlo, pero cuando entras sientes frío, sientes negro, no sé. Es algo bien difícil. Yo creo en las energías, y esos lugares tienen una energía demasiado fuerte, que no es fácil. Y, además vas viendo la historia y vas viendo las cosas y..., imagínate que entras a un cuarto en un calor de la fregada y de repente te vas a otro y sientes cómo te atraviesa el frío, así se siente. Así. (...) De esos lugares a los que no quieres regresar nunca.”

Durante su estancia en Polonia, también tuvieron la oportunidad de visitar algunos panteones en los poblados donde habían vivido y crecido los abuelos de Rebe. Pese a no tener la certeza de que fueran parte de su familia, sí encontraron los apellidos de sus abuelos grabados en ciertas tumbas.

Después de su semana en tierra polaca se trasladaron a Israel donde asistieron a la celebración para conmemorar el aniversario de la fundación e independencia del Estado israelí; fueron a un concierto, visitaron lugares turísticos como el Muro de los Lamentos, el Mar Muerto, entre otros. Según lo que me dijo, su experiencia fue padrísima.

A los ojos de Rebe, Israel es un país “bien bonito”, del que habla con mucho cariño, no obstante, sí me comentó que nunca viviría ahí porque considera que no está hecha, ni creció con la costumbre de vivir en guerra. Así, desde los 26 años no ha regresado a Tierra Santa, pero tiene la esperanza de realizar un viaje pronto, aprovechando que su hijo Gabriel aún está pequeño, para que tanto él como su esposo conozcan la tierra de sus ancestros.

El antisemitismo visto desde los ojos de Rebe

Cuando era pequeña, Rebe creció dentro de una burbuja que, en cierta forma la protegía de la discriminación y los señalamientos que ocurrían en el exterior. Haber crecido en la comunidad judía, donde iba a una escuela y a un centro deportivo, “todo judío”, realmente no conocía lo que era la discriminación, al menos no hasta que creció.

A lo largo de su vida ha experimentado diferentes formas de rechazo y racismo, tanto de manera directa como indirecta, por el hecho de ser judía. Así, le han gritado “pinche judía” o, en ciertas festividades donde se acostumbra no utilizar el carro para transportarse, cuando la gente va pasando no sólo le gritan a ella, sino también al resto de personas que estén participando en la celebración.

También, en conversaciones con otras personas, sin que éstas sepan que su origen es judío “se avientan sus comentarios, aunque no sean específicamente hacia ti, pero pues es igual”. Le pregunté si los confrontaba o les decía algo al respecto y me respondió que sí, “claro, nunca me he avergonzado de quien soy. Y nunca lo he negado.”

Entre otras descripciones que le ha tocado escuchar destacó la siguiente, “Ay, *los pinches judíos son unos...*, no sé, siempre dicen que abusan de la gente porque pues, la verdad es un pueblo trabajador, entonces como tienen dinero... Pues imagínate, no es fácil llegar a un lugar donde ni hablas el idioma y de repente tener un imperio, le han talacheado, a lo mejor nosotros no, pero a nuestros abuelos sí les tocó trabajarle duro.”

Aunado a esto, yo le comenté que tenía la teoría de que debido al odio y rechazo que han experimentado a lo largo de su historia, se han visto obligados, de manera constante, a realmente crear una comunidad. Rebe lo confirmó, efectivamente suelen apoyarse mucho entre ellos y eso precisamente los ha ayudado a sobrevivir. “Somos como el muégano, donde hay uno y se empieza a pegar y a pegar y a pegar, y creas la comunidad. Por ejemplo, todos tenemos la costumbre de donar dinero para nosotros mismos para ayudar a la gente, no todo mundo tiene dinero, trabajo, no todo mundo creció igual. Entonces siempre estamos en constante apoyo. Y eso creo que también es algo que no todo mundo puede tolerar bien.”

Además de experimentar el antisemitismo en actos verbales o conversaciones en redes sociales, también lo ha visto en paredes cuando rayan las palabras “pinches judíos” o cuando pintan swástikas afuera de las escuelas, incluso de la embajada de Israel. Aunado a esto, me compartió que, durante toda su infancia, en la escuela judía solían hacer simulacros cuando ésta se encontraba bajo amenaza de bombas. “Tú sabías cuando era simulacro y cuando había realmente una amenaza porque en el simulacro todos salíamos, íbamos a donde teníamos que estar, estábamos diez minutos y nos regresábamos a la clase. Y cuando eran amenazas reales, a veces te regresaban a tu casa sin tus cosas; todo se quedaba en el salón.” Recuerda que fueron muchas las ocasiones en las que le tocó que la regresaran a su casa.

Rebe está orgullosa de quién es, tanto de ser mexicana como judía. “Todos somos orgullosamente mexicanos y nunca negamos nuestra nacionalidad. Siempre es lo que decimos porque te dicen, *¿qué haces acá, judía, en México?*, pues yo soy judía de religión y mexicana de nacimiento. Nosotros somos mexicanos, patriotas y no cambia nada; nos han educado que el pueblo de México nos recibió siempre con los brazos abiertos y siempre le tenemos mucho agradecimiento al país. Y digo, yo ya soy segunda generación

mexicana, casi tercera de un lado ¿no? Si me preguntas, yo soy mexicana antes que todo. Pero, pues bueno, puntos de vista.”

Para complementar lo anterior, al preguntarle sobre por qué cree que existe, en el imaginario mexicano, una división, una persistencia del judío como un “otro” a pesar de su presencia en México desde hace siglos, ella me comentó que es por ignorancia y porque mucha gente no distingue entre religión y nacionalidad.

3. Resultados del trabajo profesional

La historia recabada y expuesta a partir de la consulta de diversas fuentes me permitió mapear, de manera general, los orígenes de la comunidad judía del AMG, específicamente para entender las problemáticas y dificultades a las que se enfrentaron en diferentes periodos y contextos históricos, como la época inquisitorial, el Porfiriato y el conflicto revolucionario y la Segunda Guerra Mundial, principalmente. Además, este esbozo histórico permitió observar cómo se vieron afectados los inmigrantes judíos, de manera positiva o negativa, por los cambios en la legislación migratoria, la conveniencia e intereses políticos y económicos, la recepción y “aceptación” por parte de la sociedad mexicana, entre otros.

Aunado a lo anterior, el contexto permite explicar y entender cómo ha sido el crecimiento de la comunidad con el paso de los años, en qué momentos se observó un flujo migratorio importante y por qué, en nuestros días, la Comunidad Israelita de Guadalajara está conformada por pocos integrantes que, no obstante, continúan teniendo una presencia fundamental y fuerte en la sociedad tapatía.

En cuestiones de la recepción y aceptación por parte de la sociedad tanto mexicana como tapatía, algo que llamó mucho mi atención fue el contraste entre el trabajo de Daniela Gleizer y la percepción que tiene Rebe ante la inmigración judía, es decir, esta dualidad entre la memoria olvidada y la memoria agradecida ante un país que los recibió con brazos “abiertos”. Por una parte, pude confirmar aquello que plasmó Gleizer en su trabajo en cuanto a que la memoria histórica y colectiva que la comunidad judeomexicana conoce, conserva y transmite no tiene presente a aquella que se quedó a las puertas de

un país que ya no la quiso recibir y la desterró al olvido por el hecho de haber sido construida a partir de los recuerdos de los inmigrantes que lograron ingresar al país.

Además, el que la memoria colectiva de la Comunidad Israelita de México no sea visibilizada por la historia o las autoridades, como lo es aquella de la comunidad española, pareciera ser una afirmación que puede respaldarse de manera parcial debido a dos cuestiones, la primera está relacionada con la capacidad de agencia e iniciativa de la propia comunidad para celebrar y conmemorar sus orígenes, así como toda la trayectoria —con sus retos e implicaciones— que ha recorrido para llegar a donde hoy se encuentra. Esto podemos observarlo con la inauguración del museo Moreshet que precisamente recupera —para las generaciones actuales, pero especialmente las futuras— la historia de perseverancia y resiliencia desde aquellos que sentaron las bases de la vida comunitaria en el pasado.

En cuanto a la segunda cuestión, pese a la forma en la que hayan sido recibidos, ya fuese por intereses de la nación u otras cuestiones, lo cierto es que aquellos primeros inmigrantes encontraron una especie de refugio en esta tierra, donde fueron libres de ser ellos mismos, practicar no sólo su identidad, sino también sus costumbres, tradiciones y fe sin el miedo de ser perseguidos, detenidos o asesinados por ello. México y la ciudad tapatía se convirtieron en hogar —con sus defectos, problemas y retos—, pero finalmente un hogar lejos de las guerras, las persecuciones y el nazismo —a excepción de los que se enfrentaron con el conflicto revolucionario sus estragos.

Otro hallazgo que me resultó importante descubrir y recuperar surgió en la conversación que compartí con Jaime y es precisamente la cuestión de que el inicio para ninguno de los inmigrantes judíos fue fácil, dado que la mayoría llegó con escasos recursos o prácticamente sin nada, no obstante, encontraron la forma de adaptarse, crecer y salir adelante, tanto en el ámbito laboral como económico y social. Con las experiencias de la familia de Jaime, especialmente de su abuelo Bernardo Waxtein, quedé asombrada, nuevamente, de la resiliencia y constancia de los integrantes de la comunidad, de cómo destacan por ser trabajadores y comprometidos no sólo con sus familias o el resto de las personas que integran su comunidad, sino que, los pequeños negocios que emprendieron al llegar al país fueron puestos al servicio de toda la sociedad

mexicana en general. Desafortunadamente, como mencionó Rebe, estas cualidades que los caracterizan les ha traído problemas a lo largo de toda su historia, debido a que muchos no toleran que el otro prospere.

También, otro rasgo que noté que comparten tanto Pablo como Rogelio, Yonatan, Jaime, Silvia y Rebeca es el aspecto intelectual, la curiosidad de una mente despierta que se hace preguntas, que cuestiona, que busca respuestas y que alimenta su pensamiento crítico. Aunado a esto, todos conocen la historia de la comunidad, quizás algunos tienen más información o datos que otros, pero finalmente la tienen presente como un recordatorio del pasado que no debe ser olvidado ni mucho menos ser repetido en el futuro.

Finalmente, la riqueza de los hallazgos de esta investigación radica en el reconocimiento de la diversidad de los integrantes de la comunidad israelita, no sólo en cuestión de sus costumbres o historias, sino más bien en las distintas formas de ser judío o judía. Cada uno de los entrevistados provienen de contextos y formaciones diferentes, sus rangos de edades son variados, poseen cosmovisiones particulares en torno a la vida y la existencia, algunos nacieron dentro del judaísmo mientras otros se convirtieron o descubrieron sus orígenes hace no mucho tiempo, entre muchas otras cuestiones más. Sin embargo, aquello que los conecta es haber heredado una historia milenaria que, a través de ellos no sólo continúa, sino que sigue siendo escrita en dos niveles: el colectivo y el propio. Así, cada uno de ellos, al ser parte de distintas generaciones, aportan y enriquecen no sólo a la Comunidad Israelita sino también a la comunidad de Guadalajara.

4. Reflexiones y aprendizajes

Aprendizajes profesionales

La verdad es que, previo al desarrollo de esta investigación, desconocía todo lo relacionado en torno a la comunidad judía de Guadalajara. Así que, fue completamente nuevo, tuve que empezar de cero a leer e informarme sobre la historia, cuestión que

implicó un gran reto debido a que la cantidad de información, libros, textos académicos, investigaciones que cubren este tema, va más allá de lo imaginable.

Algo que me asustaba de llevar a cabo esta investigación era perderme en el proceso de definir qué quería investigar, qué fuentes de información iba a tomar en cuenta, qué etapas históricas iba a incluir, qué información servía de otra que realmente no era fundamental, a quiénes iba a entrevistar para conocer de una forma más cercana a la comunidad, entre otras. Eran muchas preguntas que, ante un tema que es tan complejo, sí llegaron a abrumarme.

Afortunadamente, con apoyo de mi asesor, Rogelio Villarreal, logré no extraviarme en el camino. Así, entre los aprendizajes profesionales que obtuve, destaco el seguir desarrollando mis habilidades de investigación que, a lo largo de la carrera, he logrado adquirir, así como pulir. También rescato todo el proceso que conlleva recabar y presentar información, es decir, pareciera mentira, pero es todo un arte el consultar diversas fuentes y extraer información, así como datos, organizarla, analizarla de manera crítica, sistematizarla, consultar otras fuentes para complementar los huecos o lagunas que surjan, y finalmente presentarla. Es todo un trabajo que, a simple vista pareciera sencillo, pero implica un gran esfuerzo tras bambalinas.

Aunado a esto, puse a prueba los conocimientos teóricos que me han enseñado en la licenciatura, así como las posibilidades de integrarlos al contenido expuesto con anterioridad. También, mi formación como escritora considero que está constantemente a prueba por el hecho de idear una forma de compartir la historia a nivel macro, así como micro —mediante los testimonios de los integrantes de la comunidad— no sólo empleando mi creatividad, sino también cuidando que pueda ser lo más clara y completa posible para aquellos que lean el reporte.

Aprendizajes sociales

El aprendizaje social principal de la investigación consiste en recuperar y visibilizar la historia de la comunidad judía de Guadalajara como parte fundamental no sólo en la riqueza cultural de la misma, sino como una de las piezas que, desde siglos atrás, ha

aportado a la construcción y desarrollo de lo que actualmente es la ciudad tapatía. Algo de lo que me percaté cuando compartía un poco acerca de mi investigación y los hallazgos que iba teniendo, es la ignorancia en la que la mayoría vivimos en torno a la diversidad étnica y cultural que vive en y forma parte de la ciudad; todos con los que conversaba me hacían la misma pregunta, “¿hay judíos en Guadalajara? No sabía”.

Esto, a su vez, puede ser un indicador de lo limitada e incompleta que puede ser la percepción de una persona judía en el imaginario de cualquier “mexicano.” Lo pongo entre comillas precisamente porque, otra de las apuestas de la investigación es derrumbar la barrera de la otredad que históricamente se ha construido en torno a la comunidad judía, no únicamente porque estemos en México, sino porque, desde el inicio de la formación del pueblo judío, siempre se le ha concebido como ese otro que no pertenece, no encaja. Con esto último no me refiero a que los integrantes de la comunidad son esos seres místicos que sobresalen del resto por no encontrar su lugar, sino más bien que, están completamente integrados a la sociedad, no obstante, cuando alguien los señala, es ahí cuando dejan de ser mexicanos para ser identificados únicamente como judíos.

Finalmente, en lo que considero que me quedé corta fue en la carencia de haber elaborado un producto comunicativo o audiovisual, más allá de la redacción de los artículos, para comunicar la investigación a través de un medio más digerible. Sí me hubiera gustado haber hecho un pequeño documental o una serie de fotografías, en formato de retratos, para exponer ese pedacito de la comunidad judía que me fue permitido conocer.

Aprendizajes éticos

Entre los aprendizajes éticos más importantes, y que reforcé en esta segunda ocasión que cursé este PAP, se encuentra la responsabilidad que tengo como comunicóloga en formación al tener bajo mi cuidado la información y las experiencias de vida no sólo que recupero mediante fuentes bibliográficas, sino que los entrevistados, en este caso los miembros de la comunidad me confían. También considero que es todo un arte,

verdaderamente complejo, el decidir cómo compartir los testimonios de las personas que conocí, puesto que entran en juego varios factores: mi subjetividad como investigadora, mi objetivo de apegarme en su totalidad y ser lo más leal a las historias, el intentar retratar a los entrevistados de la mejor forma para que los lectores puedan conocerlos, en la medida de lo posible, como yo lo hice, entre muchas otras cuestiones.

Aunado a esto, sí consideré necesario hacer ciertos recortes de información dado que no aportaban algún aspecto nuevo a lo que ya había expuesto o, rompían con el hilo conductor del relato de los entrevistados. Y, debo confesar que, este tipo de investigaciones, de reconstrucciones históricas y recuperación de la memoria de algún grupo o comunidad, sí es algo que me mueve y me apasiona mucho que espero pueda trascender a otros espacios fuera de la universidad para que no quede únicamente en el proyecto de mi PAP.

Aprendizajes en lo personal

De los aprendizajes personales más bonitos y que enriquecieron mi experiencia al desarrollar esta investigación fueron, en primer lugar, el haber tenido la oportunidad de conocer y conversar con Pablo, Rogelio, Yonatan, Jaime, Silvia y Rebeca. Pese a que ya conocía a algunos de ellos, este trabajo me permitió descubrir, en un nivel más profundo, quiénes son y cuáles son sus historias. Hay una belleza que, en ocasiones pasamos por alto al conocer al que se encuentra frente a nosotros, y este PAP me permitió abrir un espacio que propiciara la cercanía y la escucha, el aprender del otro, sus historias, memorias del pasado, y personas que lo hacen ser quien es en la actualidad. Ese contacto humano, la conversación que se teje, es algo que me llena y me deja mucho como persona.

Otros dos aspectos que rescato y que se complementan son 1) el conocimiento de la historia y 2) la apertura a compartirla. En cuanto a la primera, me resultó impresionante y muy valioso cómo entre los miembros de la comunidad está presente heredar a cada nueva generación la importancia de conocer la historia de su pueblo a nivel universal, así como a nivel particular o micro, es decir, que aprendan sobre cómo surgió su comunidad

en Guadalajara. Este lema de recordar para no olvidar y tampoco repetir, refleja no sólo la importancia de conservar la memoria colectiva, sino también una forma de honrar y tener presente la resiliencia de las personas que integran la comunidad, los esfuerzos que realizaron para construir una nueva vida lejos de la guerra y el conflicto que habitaba sus países de origen, el sueño de preservar su identidad, proteger a su gente, entre muchas otras cuestiones. En cuanto a la segunda, me asombró la disposición y apertura de cada una de las personas con las que platicué, especialmente por el hecho de dejarse conocer y querer compartir quiénes son, de dónde vienen, cuáles son sus orígenes, qué celebran, cuál es su cosmovisión..., con aquellos que son ajenos a la comunidad.

5. Conclusiones

Los orígenes de la comunidad judeomexicana se remontan a la época colonial, tras haber arribado a territorio novohispano en las embarcaciones dirigidas por Cristóbal Colón. Pese a que dejaron huellas de su presencia en el lenguaje y la cultura mexicana que trasciende a nuestros días, estas primeras comunidades terminaron asimilándose —y desapareciendo— a la sociedad colonial a causa del rechazo, la violencia y las persecuciones de la Inquisición.

Así, los cimientos de la Comunidad Israelita que habita la ciudad tapatía en la actualidad fueron sentados por los inmigrantes judíos que llegaron al país en dos periodos históricos importantes, el Porfiriato y la Segunda Guerra Mundial. Pese a dificultades que experimentaron ante el cambio en las políticas migratorias —que dejaron a muchos de ellos lejos de la oportunidad de refugiarse de la guerra y el nazismo—, el rechazo de algunos miembros de la sociedad mexicana y tapatía —que continúa hasta nuestros días—, así como el aislamiento que derivó de lo anterior, además de la necesidad de que los judíos ashkenazi y los judíos sefaraditas unieran fuerzas y se articularan, los miembros de la comunidad lograron adaptarse, crecer, integrarse a la sociedad tapatía y prosperar. Así, su presencia, que recientemente cumplió los cien años, ha cumplido un papel importante en el desarrollo de Guadalajara.

Finalmente, a través de la recuperación de memorias y experiencias familiares de seis integrantes de la comunidad —Pablo, Yonatan, Rogelio, Jaime, Silvia y Rebeca— nos acercamos, de manera más íntima y personal, a los rostros que conforman parte de los hechos históricos del AMG y de México, permitiéndonos conocer al mismo tiempo, más allá de lo que se ha recabado en libros y textos académicos, algunas experiencias, sentires y puntos en común de estas personas que enriquecen la diversidad étnica y cultural de la ciudad tapatía.

6. Bibliografía

Bar–Lewaw, I. (1971). La revista «Timón» y la colaboración nazi de José Vasconcelos.

Actas del Cuarto Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: celebrado en Salamanca, agosto de 1971. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1982, (pp. 151-156). Recuperado de

<https://www.cervantesvirtual.com/obra/la-revistatimony-la-colaboracion-nazi-de-jose-vasconcelos/>

<https://www.cervantesvirtual.com/obra/la-revistatimony-la-colaboracion-nazi-de-jose-vasconcelos/>

Embajada de Israel en España. (s. f.). Historia de Israel: Cronología. Recuperado de

<https://embassies.gov.il/madrid/AboutIsrael/history/Pages/HISTORIA-Cronologia.aspx>

Enlace Judío México. (2011). La Naye cierra sus puertas. Enlace Judío. Recuperado de

<https://www.enlacejudio.com/2011/01/27/la-naye-cierra-sus-puertas/>

Enlace Judío México. (2021). Viven en México 58 mil 876 judíos, según el censo del

INEGI. *Enlace Judío*. Recuperado de

<https://www.enlacejudio.com/2021/01/27/viven-en-mexico-58-mil-876-judios-segun-el-censo-del-inegi/>

Enlace Judío México. (2023). La Comunidad Israelita de Guadalajara celebra 100 años

con la inauguración del museo Moreshet. Enlace Judío. Recuperado de

<https://www.enlacejudio.com/2023/06/06/la-comunidad-israelita-de-guadalajara-celebra-100-anos-con-la-inauguracion-del-museo-moreshet/>

- Estados. (2009). Notas del Estado de Jalisco. Un sobreviviente al Holocausto se pregunta ¿quién merece vivir? Cultura Gobierno de México. Recuperado de https://www.cultura.gob.mx/estados/ago09/20_jal01.html
- Gaceta UdeG. (2020). La comunidad judía en Guadalajara. Universidad de Guadalajara. Recuperado de <http://www.gaceta.udg.mx/la-comunidad-judia-en-guadalajara/>
- Gleizer, D. (2019). Dos exilios, una memoria y un olvido. *Letras Libres. México: Entre el asilo y el rechazo*. Núm. 247. Recuperado de <https://letraslibres.com/revista/dos-exilios-una-memoria-y-un-olvido/>
- Gojman, A., Carreño, G., & Hernández, L. E. (1995). Judíos ashkenazitas en México: marco histórico y político de su movimiento inmigratorio 1900–1950. *Historias*. Núm. 33. (pp. 49–60). Recuperado de <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/historias/article/view/13979>
- Gutiérrez Z., C. y González T., G. (1996). Comunidad judía de Guadalajara. *Estudios Jaliscienses*. Núm. 24. Recuperado de <https://www.estudiosjaliscienses.com/1996/05/01/num-24/>
- Kisel, Rebeca. (12 y 15 de octubre de 2023). Entrevista personal.
- Los Pogromos (versión abreviada). Enciclopedia del Holocausto. (s. f.). Recuperado de <https://encyclopedia.ushmm.org/content/es/article/pogroms-abridged-article>
- Lugo Viñas, R. (2022). Los espías nazis en México: un pasquín para el Reich. *Relatos e Historias en México*. Núm. 162. Recuperado de <https://relatosehistorias.mx/nuestras-historias/los-espias-nazis-en-mexico-un-pasquin-para-el-reich>
- Martínez Rodríguez, M. (2021). Migración judía. Una entrevista con el Gral. Porfirio Díaz. *Signos Históricos*. Vol. 23. Núm. 46. Recuperado de <https://signoshistoricos.izt.uam.mx/index.php/historicos/article/view/678>
- Masferrer, C. (s. f.). Refugiados judíos del nazismo en México. Una historia poco conocida. *Semanario Migración, Desigualdad y Políticas Públicas*. Recuperado de <https://migdep.colmex.mx/destinomexico/daniela-gleizer.html>

- Meyer, J. (2012). *La fábula del crimen ritual: el antisemitismo europeo, 1880–1914*. México: Tusquets Editores.
- Navarro, E. J. (2017). Los judíos secretos en México siglos XVII–XVIII. *Enlace Judío*. Recuperado de <https://www.enlacejudio.com/2017/11/30/los-judios-secretos-en-mexico-s-xvii-xviii/>
- Osegueda, R. (2020). Los judíos mexicanos, breve historia de una comunidad unida. México desconocido. Recuperado de <https://www.mexicodesconocido.com.mx/los-judios-mexicanos-breve-historia-de-una-comunidad-fuerte.html>
- Quiroz Quezada, Pablo. (28 de septiembre de 2023). Entrevista personal. Vía zoom.
- Sefora. (2018). ¿Qué es la mezuzá y por qué la colocamos en nuestras entradas? Enlace Judío. Recuperado de <https://www.enlacejudio.com/2018/05/31/que-es-la-mezuzay-por-que-la-colocamos-en-nuestras-puertas/>
- TED. (2009). *Chimamanda Ngozi Adichie: The Danger of a Single Story | TED* [Archivo de vídeo]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=D9Ihs241zeg>
- Toro, A. (1982). *Los judíos en la Nueva España: documentos del siglo XVI, correspondientes al ramo de Inquisición*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Tribuna Israelita. (s.f.). Comunidad judía. Embajada de México en Israel. Recuperado de <https://embamex.sre.gob.mx/israel/index.php/es/comunidad/comunidad-judia>
- Villarreal, R. (2013). El odio más antiguo. Antijudaísmo, antisemitismo, antisionismo. *Replicante*. Recuperado de <https://revistareplicante.com/el-odio-mas-antiguo/>
- Villarreal, R. (2015). El nazi Vasconcelos. *Milenio*. Recuperado de <https://www.milenio.com/opinion/rogelio-villarreal/columna-rogelio-villareal/el-nazi-vasconcelos>
- Villarreal Macías, Rogelio. (10 de octubre de 2023). Entrevista personal.
- Vite, Cuauhtémoc. (21 de septiembre de 2023). Entrevista personal. Vía videollamada.
- Waxtein, Jaime y Silvia. (22 de octubre de 2023). Entrevista personal.
- Zúñiga, C. G., Tejeda, G. G., & Modiano, A. V. (1997). *Alberto Varón Modiano: plática con Cristina Gutiérrez Zúñiga [y] Gloria González Tejeda*. México: El Colegio de Jalisco.